



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Bachelor in Global Communication /
Grado en Comunicación Internacional

Proyecto Trabajo Fin de Grado

El Triángulo de Ilemi:
Análisis Geopolítico del
conflicto olvidado entre
Kenia, Etiopía y Sudán del Sur

Estudiante: Marta Donat Durá

Director: Ileana Daniela Serban

Madrid, abril 2025

RESUMEN

Este Trabajo de Fin de Grado se enmarca en el área de la seguridad internacional, la geopolítica, la gestión y resolución de conflictos, y los estudios de paz, con especial atención al análisis regional y fronterizo en África. El caso de estudio es el Triángulo de Ilemi, una región situada entre Kenia, Etiopía y Sudán del Sur, cuyo estatus territorial genera tensiones entre las comunidades locales. A partir de una aproximación multidisciplinar, se analiza el conflicto desde una perspectiva tanto histórica como contemporánea, abordando sus dimensiones institucionales, ecológicas y geopolíticas. A través de teorías como el neoinstitucionalismo, los conflictos ambientales y la gobernanza de los recursos comunes, se ofrece una comprensión integral del conflicto, sus dinámicas internas y vías de resolución. El trabajo busca visibilizar un conflicto olvidado y proponer soluciones concretas desde una perspectiva participativa, multinivel y contextualizada.

Palabras clave: Triángulo de Ilemi, Cuerno de África, conflicto fronterizo, pastoralismo, recursos naturales, gobernanza, neoinstitucionalismo, Kenia, Etiopía, Sudán del Sur, Turkana, Dassenech, Nyangatom, Toposa

ABSTRACT

This undergraduate thesis falls within the field of international security, geopolitics, conflict management and resolution, and peace studies, with particular attention to regional and border analysis in Africa. The case study focuses on the Ilemi Triangle, a region located between Kenya, Ethiopia, and South Sudan, whose territorial status generates tensions among local communities. Through a multidisciplinary approach, the conflict is analyzed from both a historical and contemporary perspective, addressing its institutional, ecological, and geopolitical dimensions. Drawing on theories such as neo-institutionalism, environmental conflict theory, and common-pool resource governance, the study offers a comprehensive understanding of the conflict, its internal dynamics, and possible pathways to resolution. The aim is to shed light on a forgotten conflict and propose concrete solutions from a participatory, multilevel, and context-sensitive perspective.

Key words: Ilemi Triangle, Horn of Africa, border conflict, pastoralism, natural resources, governance, neo-institutionalism, Kenya, Ethiopia, South Sudan, Turkana, Dassenech, Nyangatom, Toposa

ÍNDICE

1. Introducción	4
1.1 Justificación	4
1.2 Objetivos y metodología	5
2. Estado de la cuestión	6
2.1 El colonialismo en África y las fronteras artificiales	6
2.2 La delimitación del Triángulo de Ilemi en la época colonial	9
2.3 Situación actual del Triángulo de Ilemi	11
2.4 Pastoralismo en las comunidades locales del Triángulo de Ilemi	14
2.5 Falta de recursos naturales	16
3. Marco teórico	18
3.1 Teoría del neoinstitucionalismo –causas históricas e institucionales	20
3.2 Teoría de los Conflictos Ambientales – causas ecológicas	23
3.3 Gobernanza de los Recursos Comunes (dinámica)	24
4. Desarrollo de la investigación	27
4.1 Causas del conflicto: enfoque neoinstitucionalista y teoría de los conflictos ambientales	28
4.1.1 El legado colonial – causas históricas	28
4.1.2 La debilidad institucional de los gobiernos – causas institucionales	30
4.1.3 La presión ecológica – causas ambientales	31
4.2 Dinámica del conflicto: gobernanza de los recursos comunes	35
4.2.1 Los principios de Ostrom: paz y gobernanza	36
4.2.2 La escalada armamentística del conflicto.....	39
4.3 Soluciones posibles	42
5. Conclusiones	45
6. Bibliografía	47
7. Anexos	51

ÍNDICE *Mapas, Figuras y Tablas*

Mapa 1: El reparto de África	7
Mapa 2: El Triángulo de Ilemi.....	16
Figura 1: Cambio climático en Ilemi	18
Tabla 1: Instituciones formales e informales en el Triángulo de Ilemi.....	21
Tabla 2: Organizaciones y actores principales en el Triángulo de Ilemi.....	22

1. Introducción

El Triángulo de Ilemi es una disputada región fronteriza en el Cuerno de África, situada entre Kenia, Etiopía y Sudán del Sur. Esta zona, de aproximadamente 14,000 km², ha sido escenario de tensiones geopolíticas debido a su indefinida demarcación territorial y su valor estratégico para los países implicados. Aunque históricamente fue habitada por comunidades nómadas como los Turkana, Dassenech y Nyangatom, la falta de acuerdos claros sobre las fronteras coloniales ha perpetuado el conflicto (Aguirre Herrera, 2013). La riqueza de recursos naturales y las rutas de pastoreo en la zona también han intensificado las disputas. Además, la intervención de potencias coloniales y la posterior independencia de Sudán del Sur en 2011 han complicado aún más la situación. A pesar de que Kenia ejerce cierto control administrativo, la falta de un acuerdo internacional sobre la soberanía del Triángulo sigue siendo una fuente de inestabilidad en la región, dificultando el desarrollo y la cooperación internacional.

El principal objetivo de la investigación es determinar el impacto de la indefinición territorial en la estabilidad y desarrollo regional, y analizar las posiciones de Kenia, Etiopía y Sudán del Sur respecto a la soberanía de esta región. Este trabajo busca, por tanto, analizar las raíces y consecuencias del conflicto, así como las posiciones de los Estados implicados y las posibles soluciones desde un enfoque multidisciplinar y aplicado.

1.1 Justificación

El tema elegido es altamente relevante para los estudios de seguridad internacional, geopolítica, gestión y resolución de conflictos y estudios de paz ya que se centra en una de las zonas más conflictivas del continente africano: el cuerno de África. Este conflicto en particular es significativo porque se centra en el Triángulo de Ilemi, una región disputada que ha recibido poca atención académica, a pesar de su complejidad geopolítica y su impacto en las poblaciones locales. Analizar este conflicto permite comprender de manera profunda cómo las decisiones coloniales sobre fronteras continúan afectando a las comunidades africanas en la actualidad. Además, al tratarse de comunidades nómadas, el estudio de esta región proporciona una perspectiva única sobre las dinámicas de movilidad, adaptación y supervivencia en entornos geopolíticamente inestables y con grandes vulnerabilidades en términos de recursos naturales.

Asimismo, como estudiante y voluntaria cooperante en esa región, este tema tiene gran importancia para mí. Llevo tres años seguidos formando parte de un proyecto educativo de la Comunidad Misionera de San Pablo (MCSPA) en Lobur, un poblado en el norte de Kenia. Se encuentra en la región de Turkana, haciendo frontera entre Sudán del Sur y Etiopía. Haber visto el efecto que este conflicto tiene en el día a día de los ciudadanos de Lobur, me ha impulsado a investigar en profundidad las causas del conflicto y las vías posibles de resolución.

1.2 Objetivos y metodología

Objetivos:

1. Analizar las raíces históricas, institucionales y ecológicas que han originado y perpetuado el conflicto en la región del Triángulo de Ilemi.
2. Comprender las dinámicas actuales del conflicto, especialmente en referencia a las interacciones entre las comunidades locales y la escalada armamentística.
3. Evaluar las posturas de Kenia, Etiopía y Sudán del Sur en torno a la soberanía del territorio, así como las motivaciones geopolíticas de cada uno.
4. Proponer posibles vías de resolución a partir de un enfoque multidisciplinar y basado en la realidad local.

Metodología:

Este trabajo adopta un enfoque primordialmente cualitativo, centrado en el análisis documental, entrevistas y teoría aplicada. La investigación se llevó a cabo a partir de tres pasos clave:

1. Revisión bibliográfica y documental, que incluye tanto fuentes primarias (informes de organismos oficiales, resoluciones, tratados) como secundarias (literatura académica, estudios geopolíticos, textos históricos y análisis institucionales), utilizadas para contextualizar y comprender las bases del conflicto.
2. Uso de datos cuantificables, como informes sobre la presión demográfica, el cambio climático, las sequías, la vulnerabilidad de la zona y la gestión de los recursos.

3. Análisis teórico, fundamentado en la triangulación de tres marcos conceptuales: el neoinstitucionalismo, la teoría de los conflictos ambientales y la gobernanza de los recursos comunes. Esta combinación permite abordar el conflicto desde distintas dimensiones -histórica, estructural y dinámica- ofreciendo una visión integral.
4. Recopilación de testimonios, como eje central del trabajo de estudio. Se realizaron seis entrevistas: dos a misioneros españoles con décadas de experiencia en la región, una a un misionero keniano nacido en el área disputada del Triángulo de Ilemi, y tres a jóvenes de la comunidad Turkana, con el objetivo de recoger percepciones locales sobre el conflicto y sus implicaciones cotidianas.

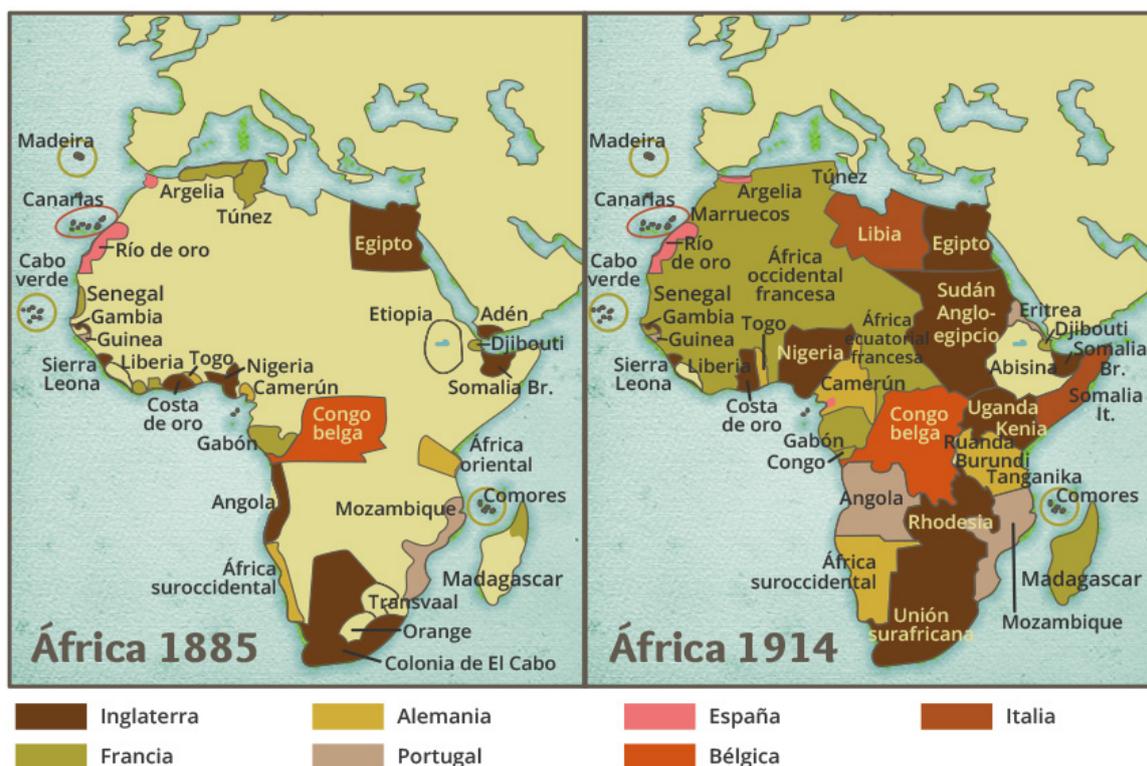
2. Estado de la cuestión

2.1 El colonialismo en África y las fronteras artificiales

El colonialismo se define como el «régimen político y económico en el que un Estado controla y explota un territorio ajeno al suyo» (RAE). Durante el siglo XIX y principios del XX, los modos de producción europeos cambiaron y la aparición de la revolución industrial aceleró la búsqueda por nuevos recursos y mano de obra. Por consiguiente, las potencias europeas comenzaron a colonizar el continente africano basando su sistema económico en la esclavitud. A pesar de que las principales razones para la colonización fueran económicas, también hubo razones políticas y geoestratégicas para demostrar la supremacía internacional y adquirir rutas comerciales que aumentaban las rivalidades entre las potencias europeas. Por otro lado, esta colonización fue justificada socialmente con motivos culturales e ideológicos basándose en la misión «civilizadora» del hombre blanco y la expansión de la religión cristiana. El término conocido como *The Scramble for Africa*, hace referencia a la repartición del continente africano por parte de los europeos. Este proceso colonizador fue el resultado de la Conferencia de Berlín (1884-1885), convocada por el canciller alemán, Otto von Bismark, con el objetivo de evitar los conflictos entre los países europeos y establecer la libertad de navegación y comercio. A esta conferencia, asistieron 14 Estados: Alemania, Reino Unido, Francia, Bélgica, España, Portugal, Italia, Países Bajos, Dinamarca, Rusia, Suecia-Noruega, el Imperio Otomano y Estados Unidos (como observador). La Conferencia no tuvo participación africana ninguna y el continente pasó de estar gobernado al 90% por africanos en 1900, ha encontrarse totalmente repartida

por las potencias en 1914 (Mapa 1). Los únicos dos territorios que no fueron colonizados son Liberia y Etiopía (Colegio de Ciencias y Humanidades, s.f.). El resto, sufrió las modificaciones territoriales que los europeos decidieron creando fronteras artificiales que dejarían un legado de conflicto entre los diferentes Estados y tribus como nuestro caso de estudio: el Triángulo de Ilemi. Este colonialismo europeo modificó completamente la forma organizativa de África que no se basaba en un estado moderno bajo el principio de soberanía westfaliana, es decir, que no asociaba un único y absoluto poder político a unos límites territoriales fijos. Anteriormente, África siempre se había basado en unas fronteras más flexibles y dinámicas debido a la existencia de numerosas tribus (Snel & de Vries, 2022). Por otro lado, cabe destacar que, tras la Conferencia de Berlín de 1884, se acuñó el término de ocupación efectiva que hace referencia al principio de que las potencias que quisieran colonizar un territorio deben administrarla de forma correcta. Si no existe esta «administración efectiva», el resto de los poderes la puede considerar como *terra nullius*, es decir, un territorio que no pertenece a nadie (Winter, 2019).

Mapa 1: El reparto de África



Fuente: Portal académico CCH

Para comprender el actual conflicto del Triángulo de Ilemi, debemos remontarnos a su historia colonial. Esta área disputada se encuentra entre las tres fronteras de Sudán del Sur, Kenia y Etiopía, en la que antes y después de la ocupación europea habitaban cuatro tribus diferentes: los Toposa (Sudán del Sur), los Turkana (Kenia), los Nyangatom y los Dassenech también conocidos como Merille (Etiopía). Como se ha comentado anteriormente, Etiopía fue uno de los únicos países de África que se mantuvo independiente bajo el Imperio Etíope conocido como Abisinia. Este imperio estaba gobernado por el emperador Menelik II que expandió el territorio y resistió contra los intentos colonizadores por parte de Italia. En el caso de Kenia y Sudán, ambos formaban parte del dominio británico junto con Uganda (Asiwaju, 2022). El imperio británico empleo diversos términos para describir los regímenes legales bajo los cuales administraba su territorio. Dependiendo de la forma de adquisición y las circunstancias de la misma, estas podían ser colonias, protectorados, territorios bajo mandato o condominios. En este contexto, Kenia fue clasificada como colonia y Sudán como condominio, es decir, su administración estaba compartida con otra autoridad además de la británica. Sudán quedó bajo condominio anglo-egipcio desde 1899 hasta 1956, periodo en el cuál ambos países controlaban el territorio (Mburu, 2003). El norte y el sur de Sudán fueron administrados de manera diferente, dejando a la zona sur más pobre, sin recursos y generando disputas religiosas y étnicas entre ambas partes del país. La zona norte fue influenciada por la religión islámica, mientras que la zona sur estuvo influenciada por la religión católica y una educación occidental. Esto llevo a grandes conflictos dentro del país que en 2011 supondrían la división del mismo entre Sudán y Sudán del Sur, zona donde se encuentra el Triángulo de Ilemi.

En el caso de Kenia, este comenzó a formar parte del territorio británico en 1895 como Protectorado de África Oriental Británica para convertirse en 1920 en la Colonia de Kenia. Durante el gobierno británico, se promocionó la llegada de los europeos a Kenia que se establecieron en las «tierras altas», también conocidas como *White Highlands*. En estas tierras habitaba la tribu kikuyu, una de las 42 tribus del país, que fue desplazada por los colonos a reservas nativas. Así mismo, se creó un ferrocarril que iba desde Mombasa -zona costera de Kenia- hasta Uganda pasando por las tierras de los Masái, otra de las tribus kenianas. Por otro lado, se crearon granjas agrícolas mixtas en las que los africanos trabajaban bajo políticas represivas de impuestos y en ningún momento los kenianos fueron representados políticamente. Ante ello, la tribu kikuyu fundó la Young Kikuyu Association

que más tarde se llamaría la Unión Nacional Africana de Kenia (UNAK). Su líder fue Harry Thuku, a quién le sucedió el joven Jonhstone Kamau, conocido como Jomo Kenyatta. A partir de los años 40, este movimiento adquirió un gran apoyo social y el descontento civil buscaba una mayor independencia de Gran Bretaña. Las facciones más radicales de la UNAK comenzaron la rebelión Mau Mau que fue la resistencia armada contra los británicos. Esto dio lugar a un periodo de inestabilidad y violencia, en el que muchos kenianos fueron arrestados, incluyendo Jomo Kenyatta. En 1952, los británicos declararon el estado de emergencia y cuatro años después la rebelión Mau Mau fue completamente reprimida. No obstante, Jomo Kenyatta continuó con la lucha y el fin de la II Guerra Mundial obligó a la autodeterminación de las colonias. Así, Kenia obtuvo la independencia en 1963 y Jomo Kenyatta se convirtió en el primer presidente del país (Lonely Planet, s.f.).

2.2 La delimitación del Triángulo de Ilemi en la época colonial

Una vez conocidas las historias coloniales de Etiopía, Sudán del Sur y Kenia, podemos centrarnos más concretamente en la historia de la zona conflictiva que une estas tres fronteras: el Triángulo de Ilemi. A lo largo del dominio británico esta fue una zona de amortiguamiento que debemos analizar desde la perspectiva de la delimitación de la frontera colonial. Al ser Uganda, Kenia y Sudán parte de una misma potencia colonizadora no hubo necesidad de delimitar con claridad sus fronteras hasta la independencia de las mismas. No obstante, el emperador Menelik II de Etiopía, independiente a la colonización europea, luchó contra la expansión británica hacia su territorio reclamando parte del Lago Turkana, localizado en Kenia y enclave crucial en el conflicto del Triángulo de Ilemi (Snel & de Vries, 2022). La frontera propuesta iba desde el extremo sur del lago hasta llegar al Océano Índico. Su reclamación se basó en las operaciones esclavistas que realizaba en las tierras periféricas al lago y en la conquista que realizó sobre la zona de Turkana antes de la llegada de los poderes coloniales. No obstante, Turkana recuperó el control y se expandió a la zona norte. Gran Bretaña rechazó la propuesta de Menelik II y se mantuvo firme con la delimitación decidida entre las potencias europeas. Sin embargo, ni los británicos ni el emperador consiguieron realizar una administración efectiva que respaldará sus reclamaciones territoriales. Mientras tanto, dos ingenieros reales de Gran Bretaña, Sr. Archibald Butter y el Capitán Philip Maud, exploraron la frontera entre ambas naciones marcando la línea Maud entre 1902 y 1903, esta línea puso el Triángulo de Ilemi bajo el control de Sudán y la hegemonía británica (Haskins, 2009). Finalmente, en 1907, Etiopía

y el África Oriental Británica llegaron a un acuerdo oficializando la línea Maud como la frontera de facto entre Etiopía y Kenia, que se extendía de este a oeste desde el extremo del Lago Turkana. Más tarde, en 1914, la Comisión de Fronteras Uganda-Sudán busco otorgar a Sudán acceso al Lago Turkana y, por tanto, se le asignó un terreno de forma triangular, conocido hoy como el Triángulo de Ilemi. Esta decisión tuvo como objetivo promover las relaciones comerciales entre las colonias británicas y la frontera resultante fue registrada en los mapas oficiales de la época como la delimitación internacional reconocida.

Hasta la fecha, la frontera de 1914 es la única frontera oficialmente ratificada entre Sudán del Sur y Kenia (Snel & de Vries, 2022). En 1926, una nueva frontera fue establecida por las autoridades de Kenia diferente a la del tratado de 1907. Este acuerdo se ejecutó sin la consultación de Etiopía y supuso que una de sus tribus, los Dassenech, dejaría de poder utilizar el Triángulo de Ilemi privándolos del 80% de su área tradicional de pastoreo. Como consecuencia, los conflictos entre las tribus se agravaron. No obstante, esta frontera no fue reconocida internacionalmente y existe poca información sobre su relevancia. En los posteriores dos años, entre 1927 y 1928, Sudán debido al reclamo de su falta de administración, coloca un puesto en Kapoeta. Más tarde, un gran ataque de los Toposa (tribu sudanesa) contra los Turkana (tribu keniana) da lugar a que Kenia, con el permiso de Sudán, también estableciera un puesto administrativo en Lokitaung que posteriormente expandió hacia los adentros del Triángulo de Ilemi. Esto es crucial, ya que empieza a observarse como la falta de delimitación y de una clara administración de la frontera, está dando lugar a grandes disputas entre las tribus y Kenia está tomando cada vez más una mayor administración efectiva sobre el territorio.

Es en 1931, cuando se lleva a cabo la delimitación de la Línea Roja, modificada más tarde para pasar a ser la *Wakefield Line* y *Provisional Administrative Boundary* (PAB). Los administradores de Mongalla (Sudán) y Turkana (Kenia) acordaron que dentro de esta línea se encontraban los límites más al norte de las zonas de pastoreo de los Turkana restringiendo la expansión de la tribu keniana hacia Sudán. En 1932, esta línea fue modificada para permitir a los Turkana el acceso a zonas de pastoreo y fuentes de agua que compartirían con las tribus etíopes Nyangatom y Dassenech. En 1938, es cuando esta frontera es registrada oficialmente convirtiéndose en la PAB o Frontera Administrativa Provisional que proporcionaba tierras a los Turkana (Snel & de Vries, 2022). Esta línea fue ajustada con precisión mediante latitud, longitud, altura del nivel del mar y la distancia

exacta entre puntos de referencia. Posteriormente, en 1944 se crea la Línea Azul, trazada al oeste de la Línea Roja aumentando el territorio del Triángulo de Ilemi. Esta frontera fue establecida por el Foreign Office Británico, es decir, el Ministerio de Asuntos Exteriores, con el objetivo principal de expandir el territorio bajo control sudanés y usarlo como punto estratégico para las correspondencias diplomáticas tras la II Guerra Mundial y en vista a las negociaciones sobre los territorios italianos en África. Esta línea comienza usarse como comunicación oficial en 1947. Durante este periodo de guerra, las potencias europeas resuelven las disputas en los territorios africanos armando a las comunidades locales. Por un lado, los Nyangatom y Dassenech (tribus etíopes) son armadas para luchar en el lado italiano, mientras que los Turkana (tribu keniana) lucha a favor del ejército británico. Esto inevitablemente, aumenta las tensiones entre las tribus locales y las deja armadas una vez las potencias europeas se retiran del continente africano. Tras la Segunda Guerra Mundial, Kenia había aumentado exponencialmente su presencia en la zona con 400 policías distribuidos en siete puestos policiales en la región (Almagor 1974; Odote 2016; Winter 2019).

Ante ello, Sudán buscó frenar la expansión keniana en el territorio trazando la última línea, conocida como la *Sudanese Patrol Line* (1950). Su adopción supuso el desplazamiento del Triángulo de Ilemi al oeste de la Línea Azul, aumentando una vez más el control sudanés sobre la región (Snel & de Vries, 2022). Esta nueva delimitación redujo la movilización de las diferentes tribus nómadas de la zona, aumentando los conflictos entre ellas y sus respectivas naciones. Esta línea marca hasta dónde llega la reclamación actual de Kenia sobre el Triángulo de Ilemi. No obstante, el principal problema de todas estas delimitaciones fue que a pesar de encontrarse en los mapas —o en ocasiones ni eso—, las fronteras no fueron siempre claras en el terreno y ello generó una gran incertidumbre y tensión entre las tribus. La falta de estatus oficial refleja como las administraciones coloniales de Kenia y Sudán no han sabido ejercer una administración efectiva sobre el territorio y han tenido grandes dificultades para gobernar la zona.

2.3 Situación actual del Triángulo de Ilemi

Tras la descolonización de África posterior a la Segunda Guerra Mundial, los conflictos fronterizos volvieron a resurgir. Ante ello, la recién creada Organización para la Unidad Africana (OUA) realizó su primera Cumbre en el Cairo (1964). Esta Cumbre sentó las bases para la política de fronteras tras la descolonización. El acuerdo más importante fue

el principio de inviolabilidad que se refería a que los países africanos debían mantener las fronteras tal cual fueron establecidas el día de su independencia. No obstante, muchas zonas del continente no tenían una delimitación clara, como es el caso del Triángulo de Ilemi. Sudán estableció la frontera de 1914 como la delimitación oficial tras independizarse en 1956 y Kenia trató de reclamar la Frontera Administrativa Provisional (PAB) pidiendo a Reino Unido que fuera mostrada en los mapas, a lo cual la potencia europea se rehusó. El gobierno sudanés, a pesar de reclamar legalmente el territorio, estaba inmerso en conflictos internos lo que permitió que Kenia aumentará aún más su influencia. En 1978, las dinámicas cambiaron con la llegada al gobierno keniano de Daniel Arap Moi y el comienzo de la Segunda Guerra Civil Sudanesa en 1983. Se sospecha que Moi y Jonh Garang, el líder del Ejército de Liberación del Pueblo Sudanés (SPLM/A) llegaron a un acuerdo a partir del cual Sudán del Sur recibiría apoyo militar por parte de Kenia a cambio del Triángulo de Ilemi (Snel & de Vries, 2022). No obstante, este acuerdo nunca ha sido formalizado ni admitido públicamente a pesar de tener gran legitimidad en Nairobi.

De facto, durante las décadas de los 70 y 80, Kenia aumentó su presencia en la zona, reubicando la tribu Turkana dentro del Triángulo de Ilemi y transformando el puesto policial de Kibish en un centro administrativo del nuevo distrito Turkana. Asimismo, el gobierno keniano comenzó a circular mapas que tomaban el territorio como suyo. Por otro lado, en el contexto de la Guerra Civil de Sudán (1983-2005), Kenia se posicionó como aliado del SPLA proporcionando ayuda militar, humanitaria y diplomática. Tras el Acuerdo de Paz Integral (CPA) de 2005, que llevó a la independencia de Sudán del Sur en 2011, el Triángulo de Ilemi continuó siendo una zona fronteriza disputada. De hecho, en 2009 surgió un conflicto en Nadapal (Sudán del Sur) debido a que Kenia quería expandir su frontera hacia el norte. Esto resultó en enfrentamientos entre la SPLA y las comunidades locales. En 2012, este caso fue supuestamente llevado a la Corte Internacional de Justicia (CIJ) por parte de Sudán del Sur, gobierno que no admitió esta denuncia como oficial. Más adelante, en 2015, Sudán del Sur volvió a reclamar el Triángulo de Ilemi probablemente para obtener el apoyo de la tribu de los Toposa. Mientras tanto, Kenia expandió su administración, especialmente tras la nueva constitución de 2010, que descentralizaba el país en diferentes condados. De esta manera, el condado de Turkana recibió un mayor apoyo económico, mejorando las infraestructuras, construyendo carreteras y dispensarios. En contraste, en el lado de Sudán del Sur, no han existido grandes cambios y el Triángulo de Ilemi no ha sido una prioridad para el gobierno. A pesar de la CPA de 2009 y la Ley de

Gobierno Local de 2009, su sistema sigue siendo inestable en cuanto a la división territorial del país. Además, desde 2013, el gobierno se ha estado enfrentando a una nueva guerra civil que enfrenta a sus poblaciones locales. Como consecuencia, las tribus localizadas en Ilemi —los Toposa y los Nyangatom— han sufrido un aumento de la inseguridad alimentaria, presencia de milicias y desplazamientos forzados (Snel & de Vries, 2022). Sudán del Sur sigue teniendo la reclamación legal más fuerte sobre la zona disputada. No obstante, desde su independencia, es Kenia quién ha realizado una administración efectiva sobre el territorio.

Por ello, en junio de 2019, ambos gobiernos firmaron un Memorando de Entendimiento (MoU) para tratar de dar una solución a la problemática y comenzar con el proceso de delimitación y demarcación de la frontera. Este Memorando ha sido promovido por el Programa de Fronteras de la Unión Africana (AUBP), que nació en 2007 con el objetivo de definir las fronteras africanas y evitar el conflicto entre sus Estados miembro. Como se ha comentado anteriormente, la UA se basa en el principio de inviolabilidad, acordado en la Cumbre del Cairo 1964, por el cual se mantienen las fronteras decididas en el momento de la independencia colonial. El propósito de la AUBP para 2012 era la definición y demarcación de todas las fronteras del continente. Como no se consiguió, esta fecha se ido postergando hasta 2022. A pesar de que la UA sea quién coordina el programa, son los Estados quienes se responsabilizan de su ejecución y financiamiento. En el caso del MoU firmado entre Sudán del Sur y Kenia, existen cuatro comités conjuntos que trabajan en base a cinco pasos: la firma del MoU, la delimitación de la frontera, la demarcación (marcado físico en terreno), la delineación (documentación oficial de la frontera) y finalmente, la ratificación y mantenimiento de la frontera. Dentro de estos pasos se incluye la sensibilización de las comunidades locales para informar a la población de los cambios y la importancia de esta delimitación, así como la coexistencia pacífica entre las diferentes tribus. A pesar de que ambos gobiernos hayan comenzado este proceso de sensibilización, argumentan que la falta de fondos y coordinación no ha permitido finalizarlo. A través de ONG como la Innovative Development Initiative (IDI) de Sudán, y SAPCONE de Kenia han estado informando a las poblaciones sobre la coexistencia y la importancia de los derechos humanos, el reparto de los recursos naturales y la prevención del conflicto. No obstante, el estado actual de demarcación sigue siendo incierto y existen informes contradictorios. En 2020, se realizó una reunión en Mombasa, Kenia, para definir un plan de demarcación y considerar cuales eran los recursos necesarios para llevarlo a cabo (Snel

& de Vries, 2022). En 2021, se inició un proceso tri-fronterizo entre Uganda, Kenia y Sudán del Sur, con la intención de realizar una nueva reunión que también incluya a Etiopía. Estos avances no han dado resultados efectivos y la frontera sigue sin estar delimitada, Sudán del Sur sigue reclamando la línea de 1914 mientras que Kenia es el único país que la administra efectivamente expandiendo su influencia.

2.4 Pastoralismo en las comunidades locales del Triángulo de Ilemi

El pastoralismo es una antigua forma de subsistencia caracterizada por la movilidad y el uso extensivo de recursos naturales para la cría y el manejo del ganado, principalmente en zonas áridas o semi-áridas. Como argumenta Markakis el pastoralismo «no es una simple actividad económica, sino un sistema de subsistencia complejo que está estrechamente vinculado al entorno, a la organización social y a los valores culturales de las personas que lo practican» (Markakis, 2004, p.6). Históricamente, el pastoralismo ha sido el principal modo de vida en África del Este en el que la libertad de movilidad se ha considerado esencial y una prerrogativa muy valorada por las comunidades en el periodo precolonial. No obstante, tras la repartición del continente africano, esta libertad de movimiento se vio coartada por la imposición de fronteras artificiales. Estas nuevas fronteras quitaron la autonomía de las comunidades que vivían en equilibrio entre ellas y rompieron con las rutas trashumantes de las tribus. Los movimientos espontáneos de la población, que eran comunes en la época precolonial y que dependían de los cambios ambientales, llegaron a su fin. Los pastoralistas fueron confinados en zonas concretas de pastoreo, lo que generó un sentimiento de propiedad sobre la tierra y una mayor resistencia a que las tribus que antiguamente utilizaban esas zonas para el pastoreo entraran o «invadieran» su territorio. Esta restricción de movilidad inevitablemente alteró el equilibrio natural entre las personas, la tierra y el ganado (Markakis, 2004). En consecuencia, los conflictos se exacerbaron como fue el caso del Triángulo de Ilemi.

Como se ha comentado anteriormente y como se muestra en el Mapa 1, la zona de nuestro caso de estudio es un ecosistema pastoralista en el que conviven cinco tribus principales: Turkana, Toposa, Nyangatom, Daasenech y Didinga. Nos centraremos en las cuatro primeras ya que son las que poseen una mayor relevancia. En primer lugar, los Turkana son la tribu localizada en Kenia que se encuentra en el corazón del Triángulo de Ilemi. Reclama los pastos de temporada seca y el acceso al agua en el valle entre Lokwanamur y Lorianatom (Winter, 2019). Asimismo, depende del agua proveniente del

Lago Turkana. En su mayoría es una población seminómada que está tendiendo a ser más agro-pastoralista. En segundo lugar, los Toposa son la tribu localizada en Sudán del Sur, en la parte oeste del Triángulo. Durante la estación seca migran hacia el noroeste y a menudo alrededor del Monte Mogila en Kenia. En tercer lugar, los Nyangatom y los Dassenech están localizados en Etiopía. Los Nyangatom convergen entre ambos lados de la frontera entre Sudán y Etiopía. Los occidentales conviven cerca de la tribu Toposa mientras que los orientales se sitúan en Etiopía entre el Valle Superior de Kibish y la Zona del Bajo Omo. Por otro lado, los Dassenech, que han perdido hasta el 79% de su territorio inicial, (Gebre 2012; Carr 2017) se encuentran también en la zona del río Omo que desemboca en el Lago Turkana. Todas estas tribus conservan un mismo estilo de vida con el ganado como pilar fundamental de su día a día. El ganado ya sean vacas, ovejas, cabras, burros o camellos no solo sirve para la obtención de alimento, sino que se perciben como una fuente de riqueza, un medio de intercambio para la dote y una forma de fortalecer lazos entre familias y clanes. El pastoralismo está profundamente arraigado en el sistema social y cultural incluyendo estructuras segmentadas, derechos y obligaciones recíprocos dentro de las comunidades locales (Markakis, 2004).

El Triángulo de Ilemi es una zona fundamental de pastoreo durante la estación seca ya que sus praderas son superiores a las de su alrededor y poseen fuentes de agua como el Lago Turkana. Por tanto, el movimiento transfronterizo es muy común en busca de pasto y agua compartiendo los recursos entre las tribus para la supervivencia de las comunidades. No obstante, en temporadas de sequía, en una zona donde los recursos ya son escasos, el cruce de fronteras es percibido como una amenaza y, como respuesta, surgen ataques o incursiones para el robo de ganado. Antiguamente, estas incursiones eran una cuestión cultural que se realizaban por motivos como desastres naturales, ritos de iniciación para los jóvenes guerreros o para regular la calidad del ganado (Mburu, 2003). A su vez, existía una serie de limitaciones con respecto a los mayores, las mujeres y los niños, y las armas empleadas eran tradicionales, por lo que no solían causar un gran número de muertes. No obstante, estos patrones culturales han cambiado drásticamente. La llegada de armas de fuego más potentes ha generado ataques más letales y frecuentes, en los que los ancianos, que tradicionalmente regulaban las incursiones han perdido relevancia (Aguirre Herrera, 2013). Muchos jóvenes realizan ataques por venganza, politización o intereses comerciales. Por otro lado, la marginalización y el abandono por parte del Estado ha contribuido a la dependencia de armas de fuego como modo de protección.

Mapa 2: El Triángulo de Ilemi



2.5 Falta de recursos naturales

El Triángulo de Ilemi es una zona semiárida con una temperatura media de 30 grados. Existen dos temporadas principales de lluvias, de abril a julio y de octubre a noviembre, aunque que son altamente impredecibles y escasas (Snel & de Vries, 2022). Si bien no existen datos concretos de las precipitaciones en el Triángulo de Ilemi, según ACNUR, el Cuerno de África ha experimentado en la última década una de las sequías más graves y prolongadas de su historia, lo que ha provocado crisis humanitarias en países como Etiopía, Kenia y Somalia. Del mismo modo, el cambio climático está afectando a esta zona de África, en especial, a los territorios áridos y semi-áridos que cubren casi dos tercios del continente (Herrero et al.2016). Como podemos observar en la Figura 1, esta región sufre los severos efectos del cambio climático: menos lluvias, sequías prolongadas e inundaciones cuando llueve (Shalom Conflict Center, s.f.).

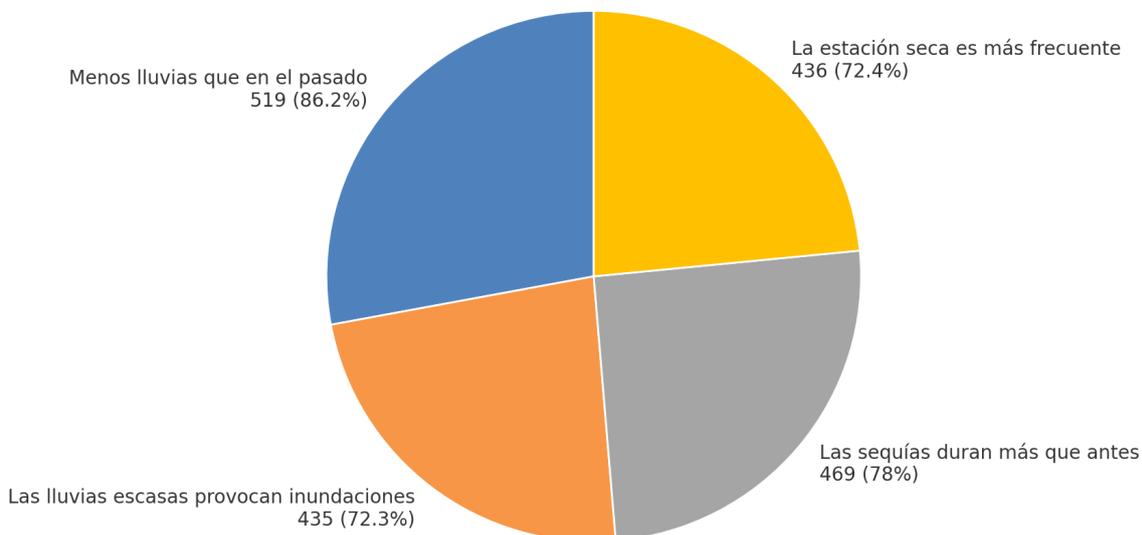
Las comunidades locales dependen de recursos como el agua o el pasto para su subsistencia y es por ello por lo que son extremadamente susceptibles a todos los cambios ambientales y sus consecuencias. El aumento de la variabilidad está provocando una disminución del ganado que además pierde calidad. Los rebaños sufren altas tasas de

mortalidad y bajas tasas de reproducción. Por otro lado, la vegetación está constituida por pastos y árboles espinosos como las acacias. En las cadenas montañosas suelen encontrarse las zonas más verdes y con una vegetación más densa, debido a su altitud. No obstante, durante las temporadas de sequía, la calidad del pasto se ve reducida y las especies que se alimentan de él dejan de ser adecuadas para el consumo del ganado. Como consecuencia, las tribus como los Turkana o los Dassenech se han visto obligadas a añadir nuevas actividades alternativas como la pesca, principalmente en el Lago Turkana. Sin embargo, el Lago que se encuentra en el sureste del Triángulo está sufriendo fluctuaciones debido al cambio climático. De la misma manera, el río Omo —localizado en Etiopía y del que se nutre la tribu Dassenech— también está sufriendo pérdidas en su caudal. Por último, las comunidades Turkana y Dassenech que habitan alrededor de Kibish (Kenia) y Kangaten (Etiopía) dependen del agua del río Kibish (Shalom Conflict Center, s.f.).

La zona entre el Lago Turkana y el río Omo es una de las áreas más tensas del conflicto entre los Turkana y Dassenech, siendo la orilla del río el límite occidental de la disputa. Ambas fuentes de agua son ricas en peces y las llanuras cercanas al delta del río son ideales para el pastoreo. No obstante, debido al retroceso del Lago Turkana, el delta del río se ha ampliado y se encuentra a unos pocos kilómetros dentro del territorio keniano (Aguirre Herrera, 2013). Además, el gobierno etíope ha estado involucrado en el desarrollo agroindustrial en las orillas del río mediante inversores privados con motivaciones económicas. En muchos casos, sin tener en cuenta las necesidades y los derechos de las poblaciones locales. Se han construido tres presas en la parte alta del río, Gibe I, II y III, que inevitablemente han reducido el volumen y superficie del Lago Turkana al desembocar en el mismo. En particular, la mega presa Gibe III se ha asociado a consecuencias negativas, obligando a la migración de los Dassenech cerca de las orillas del río y a la reducción de recursos acuíferos para la tribu Turkana (Waithaka, 2018).

Figura 1: Cambio climático en Ilemi

Manifestación del cambio climático en la región del Triángulo de Ilemi



Fuente: Shalom Conflict Center

3. Marco teórico

Para analizar el conflicto en el Triángulo de Ilemi y su impacto en la estabilidad regional, es importante utilizar un marco teórico sólido que permita conocer las raíces que lo alimentaron y entender las dinámicas actuales de las relaciones fronterizas y geopolíticas. Nuestro caso de estudio presenta una gran complejidad que no puede ser comprendida desde un único enfoque teórico. Su naturaleza constante, multidimensional e histórica requiere un marco conceptual que incorpore diferentes esquemas analíticos. Por esta razón, se han seleccionado tres teorías altamente interrelacionadas que permiten abordar el caso desde diferentes niveles: el neoinstitucionalismo, la gobernanza de los recursos comunes y la teoría de los conflictos ambientales.

Estas teorías no solo responden a diferentes dimensiones, sino que aportan un análisis coherente basado en una secuencia causal, estructural y dinámica. En primer lugar, el neoinstitucionalismo, facilita la comprensión de las causas del conflicto, al enfocarse en el rol de las instituciones —tanto formales como informales— en la organización del poder,

la disponibilidad de recursos y la formación de los marcos de regulación. Esta teoría habla de las reglas del juego y de los actores que forman parte del conflicto, centrando su atención en cómo el legado colonial, la fragilidad del Estado y la desintegración institucional han creado un vacío legal y de gobernabilidad sobre el Triángulo de Ilemi. Ante ello, las instituciones informales —como los acuerdos tribales o las costumbres pastoriles— adquieren un papel fundamental para la convivencia y el reparto de los recursos. Otro concepto clave es la dependencia de trayectoria (*path dependency*) que explica cómo las decisiones históricas y la asignación arbitraria de las fronteras durante la colonización siguen afectando a las dinámicas y los motivos del conflicto.

En segundo lugar, la teoría de los conflictos ambientales, formulada por Thomas Homer-Dixon, proporciona una explicación estructural de las causas del conflicto, al mostrar cómo la escasez de recursos —en interacción con factores institucionales y ecológicos— puede intensificar la competencia y derivar en enfrentamientos. Esta teoría categoriza la escasez ambiental en tres tipos: de oferta, de demanda y estructural argumentando que todas —y más si están entrelazadas— pueden provocar conflictos sociales. En el caso del Triángulo de Ilemi, la mezcla de deterioro ecológico, aumento de la población y distribución inequitativa del acceso a los recursos, exacerba la rivalidad entre las comunidades. Si esta escasez no es gestionada ni canalizada por instituciones efectivas o mecanismos de resolución —como es nuestro caso de estudio— el riesgo del conflicto aumenta. Por tanto, esta teoría ofrece instrumentos esenciales para comprender la perpetuidad del conflicto a lo largo del tiempo.

Finalmente, la teoría de gobernanza de los recursos comunes ofrece una perspectiva más dinámica y operativa, enfocada en los procedimientos a través de los cuáles las comunidades locales y diversos actores pueden —o no— colaborar para administrar de forma sostenible los recursos naturales comunes. Basándose en la investigación de Ostrom, se demuestra que las comunidades pastoriles del Triángulo de Ilemi tienen la capacidad de autogestionarse creando sus propias entidades, sistemas de resolución de conflictos y sistemas de supervisión colectiva. No obstante, si estas no trabajan bajo los ocho principios de gobernanza puede irrumpir el conflicto entre los actores que comparten los recursos. La contribución fundamental de esta teoría consiste en evidenciar que una gobernanza eficaz no siempre necesita de una autoridad centralizada, sino que puede surgir desde las propias comunidades, siempre y cuando existan las condiciones adecuadas de legitimidad, participación y adaptación al contexto.

La integración de estas tres teorías obedece a una lógica explicativa que parte de las causas del conflicto —tanto institucionales como ecológicas— y se complementa con un análisis de las dinámicas comunitarias y sus mecanismos de gestión local. Esta triangulación teórica facilita la creación de un enfoque integral que, en lugar de limitar el conflicto a una única dimensión, lo trata como un fenómeno histórico, político, ecológico y socialmente entrelazado, que requiere ser entendido a través de la interacción entre estructuras, actores y recursos.

3.1 Teoría del neoinstitucionalismo –causas históricas e institucionales

El neoinstitucionalismo es una corriente teórica que se basa en el papel de las instituciones como factor determinante para la organización política, económica y social. Según North, las instituciones son «las reglas del juego en una sociedad o, más formalmente, las restricciones ideadas por los humanos que dan forma a la interacción humana» (North, 1990, p. 3). Estas reglas del juego pueden ser formales o informales. Por un lado, las reglas formales hacen referencia a las leyes, constituciones, estatutos, contratos, etc. Todo aquello que ha sido escrito formalmente y creado por autoridades oficiales, ya sean gobiernos o sistemas legales. Su función principal es facilitar el intercambio político y económico, sobre todo en contextos de incertidumbre, cuándo las reglas informales pierden eficacia. Por otro lado, las reglas informales son las costumbres, las tradiciones, los valores o códigos de conducta que surgen de la cultura o de las creencias comunes. Estas normas no escritas poseen una fuerza normativa, es decir, romperlas puede tener consecuencias sociales como el rechazo, la sanción moral o la pérdida de estatus. En contextos donde el Estado es débil o su presencia es limitada, son precisamente estas normas informales las que rigen las interacciones humanas. En el caso del Triángulo de Ilemi, existe un vacío institucional. Ningún Estado ha asumido la plena gobernanza de la zona, no hay estructuras estables y el colonialismo no dejó tratados que se apliquen de forma unánime ni que estén reconocidos por todas las partes. Como consecuencia, la ausencia de reglas formales genera competencia entre los actores y facilita la aparición de conflictos. Ante esta situación, las reglas informales adquieren mayor peso, regulando el acceso a los recursos y configurando la forma en la que las comunidades interpretan las normas estatales, adaptándolas o resistiéndolas según sus propios marcos culturales. Esta falta de cohesión entre las instituciones y los diferentes actores complica la coexistencia pacífica entre las comunidades, sobre todo en un contexto marcado por la escasez de recursos naturales. Como se detalla en la Tabla 1, el Triángulo de Ilemi está atravesado por

un entramado de instituciones formales e informales que interactúan y regulan el acceso al territorio.

Tabla 1: Instituciones formales e informales en el Triángulo de Ilemi

Instituciones en el Triángulo de Ilemi
Elaboración propia - Marta Donat Durá

Categoría	Institución específica
Instituciones formales	Constitución de Kenia: control administrativo y militar del área desde 1950
Instituciones formales	Gobierno de Sudán del Sur: reclamos intermitentes de soberanía sobre la región
Instituciones formales	Gobierno de Etiopía: uso parcial del territorio por comunidades agro-pastoriles
Instituciones formales	Tratados coloniales: Acuerdo de 1914 (Línea del Zariba Azul)
Instituciones formales	Carta Africana de la Unión Africana sobre Fronteras (AU, 2007)
Instituciones informales	Normas de pastoreo estacional entre clanes (acceso condicionado por paz)
Instituciones informales	Consejos de ancianos (akiriket) que median conflictos y pactos de acceso
Instituciones informales	Pagos de compensación por muertes o robo de ganado (norma consuetudinaria)
Instituciones informales	Acuerdos rotativos de uso del agua y pozos en época de sequía
Instituciones informales	Sistemas de generación-set para la organización social y de liderazgo

Fuentes: North (1990); PAX (2017); Carr (2017); AU (2007); Odote (2016); Bonareni (2021); Gebre (2012)

A ello se suma una distinción clave, planteada desde el neoinstitucionalismo, entre instituciones y organizaciones. Las instituciones son las reglas del juego, mientras que las organizaciones son los jugadores que operan dentro de esas reglas (North, 1990). Las organizaciones son actores colectivos que responden a los incentivos de las instituciones, pero que también participan activamente en la configuración y transformación de dichas reglas. Entre estos actores se encuentran partidos políticos, Estados, comunidades religiosas, ONG, tribus o asociaciones, todos con capacidad de generar un cambio institucional. Estos cambios pueden producirse a través de nuevas leyes o reformas estatales (reglas formales) o mediante prácticas culturales, transformaciones sociales o acuerdos intercomunitarios que con el tiempo se institucionalizan (reglas informales). En nuestro caso de estudio, los principales actores son, por un lado, los Estados de Kenia, Etiopía y Sudán del Sur, que tratan de imponer o modificar las instituciones formales (fronteras, puestos policiales, tratados), y por otro, las comunidades tribales —Turkana, Dassenech, Nyangatom y Toposa—, que generan y mantienen las instituciones informales (reglas de pastoreo, rituales de compensación, jefes de las comunidades). En la Tabla 2 se

presenta una clasificación de los actores clave que intervienen en la gobernanza del Triángulo de Ilemi, incluyendo Estados, comunidades locales y ONG.

Tabla 2: Organizaciones y actores principales en el Triángulo de Ilemi

Organizaciones relevantes en el Triángulo de Ilemi
Elaboración propia - Marta Donat Durá

Categoría	Organización específica
Estados involucrados	Gobierno de Kenia: presencia administrativa y militar en Ilemi desde los años 50
Estados involucrados	Gobierno de Sudán del Sur: reclamaciones soberanas esporádicas sobre el territorio
Estados involucrados	Gobierno de Etiopía: interés indirecto por presencia de comunidades transfronterizas
Comunidad local: Turkana	Uso activo del territorio; normas consuetudinarias de pastoreo y defensa territorial
Comunidad local: Toposa	Migración estacional hacia Ilemi y disputas por acceso a pastos
Comunidad local: Nyangatom	Participación en acuerdos de acceso a recursos; conflictos intercomunitarios
Comunidad local: Daasanach	Presencia histórica en el este de Ilemi; desplazamientos recientes y presión sobre el Ormo
Organizaciones tradicionales	Consejos de ancianos y líderes de kraal: resolución de conflictos y pactos de acceso
Organizaciones internacionales	Unión Africana: marco político continental sobre fronteras heredadas (2007)
ONG y actores humanitarios	Shalom Conflict Center: mediación y educación para la paz entre comunidades
ONG y actores humanitarios	MCSPA: pozos, servicios básicos y apoyo humanitario en zonas fronterizas

Fuentes: PAX (2017); Carr (2017); REACH (2020); Odote (2016); Bonareff (2021); MCSPA (2018); UNHCR (2023)

Llegados a este punto, es importante destacar que ambas instituciones deben estar legitimadas por los diferentes actores, además de ser capaces de adaptarse a cambios económicos, sociales, políticos e incluso ambientales. Esta capacidad, conocida como eficacia adaptativa, se define como la habilidad institucional para aprender, ajustarse y responder a entornos cambiantes (Young, 1999). En última instancia, la eficacia adaptativa se manifiesta en procesos de toma de decisiones que buscan explotar las oportunidades y afrontar nuevos desafíos. En contextos híbridos, como el Triángulo de Ilemi, donde convergen instituciones formales débiles e instituciones informales resilientes, esta capacidad adaptativa es fundamental para gestionar el conflicto. Mientras que los marcos formales impuestos por los Estados han demostrado una gran rigidez y falta de sensibilidad ante las realidades culturales y ecológicas del territorio, las instituciones tradicionales — como los consejos de ancianos o los pactos de acceso compartido a recursos— han demostrado una notable adaptabilidad. Estas formas de gobernanza local, consolidadas históricamente y activas en periodos donde el conflicto era menos intenso, han mantenido una estructura flexible. Esta adaptabilidad ha permitido, en ciertos momentos, mitigar las

tensiones y responder ante fenómenos como las sequías estacionales o la movilidad transfronteriza de las tribus. En relación con lo anterior, otro concepto crucial para comprender el contexto institucional en el que nos encontramos es la dependencia de la trayectoria (*path dependency*). Este término hace referencia al hecho de que las decisiones institucionales del pasado condicionan fuertemente las posibilidades de cambio en el presente, incluso si las condiciones han variado (Pierson, 2000). En el caso del Triángulo de Ilemi, la herencia colonial basada en fronteras artificiales, la ambigüedad y la falta de acuerdos interestatales, ha dejado un legado de informalidad y fragmentación. La ausencia de intervención efectiva por parte de los Estados ha reforzado la marginalización de la región y ha consolidado patrones de gobernanza consuetudinaria. Por lo tanto, el conflicto presente no puede entenderse sin considerar estas decisiones coloniales que han moldeado las «reglas del juego» en la región, perpetuando la falta de un acuerdo institucional reconocido y aceptado por todos los actores involucrados.

3.2 Teoría de los Conflictos Ambientales – causas ecológicas

La Teoría de los Conflictos Ambientales (*Environmental Conflict Theory*) surge con la intención de explicar cómo la escasez de recursos puede derivar y aumentar la posibilidad de un conflicto violento, especialmente, en regiones con una gran debilidad institucional y dependencia en el medio ambiente. El politólogo Thomas Homer-Dixon desarrolló este enfoque a través de estudios empíricos en países en vías de desarrollo. En su obra *Environment, Scarcity and Violence* (1999), Homer-Dixon sostiene que la escasez de recursos puede contribuir al estallido de la violencia civil, incluyendo insurgencias y enfrentamientos étnicos. Esta escasez puede originarse a partir de tres factores clave, que dan lugar a tres tipos distintos de escasez. El primer factor es la degradación y agotamiento de los recursos renovables, lo que reduce físicamente la oferta de bienes naturales disponibles. Esta escasez es conocida como *escasez inducida por la oferta (supply-induced scarcity)*. El deterioro progresivo de la calidad de la tierra, la pérdida de vegetación, la reducción del agua, y la desertificación aumentan la competencia por recursos escasos y, en consecuencia, las tensiones entre las comunidades (Homer-Dixon, 1999). En el caso del Triángulo de Ilemi, la disminución de precipitaciones, el avance del desierto y la pérdida de pastos afectan directamente a la relación entre las comunidades pastoriles que dependen de ello para su subsistencia.

El segundo factor es el crecimiento demográfico, que genera un aumento en la demanda de los recursos naturales, especialmente en contextos donde los ecosistemas ya están

tensionados. A esta forma de escasez se le denomina *escasez inducida por la demanda* (*demand-induced scarcity*). En muchas regiones del Cuerno de África, incluida la zona de nuestro caso de estudio, las tasas de natalidad son elevadas y no van acompañadas de un aumento proporcional de los recursos. Un ejemplo claro lo encontramos en el condado de Turkana (Kenia), una de las comunidades del Triángulo de Ilemi, donde la población ha pasado de 926.976 personas en 2019 a una estimación de 1.074.000 en 2025, lo que supone un aumento poblacional del 15,86% en apenas seis años (Kenya National Bureau of Statistics, 2019). Esta combinación de presión demográfica y recursos escasos provoca un incremento de la competencia por la tierra, el agua y el acceso a las rutas migratorias.

El tercer factor es la distribución social desigual de los recursos, que hace referencia a una escasez de tipo estructural (*structural scarcity*). Los recursos pueden estar presentes en cantidad suficiente, pero si estos están distribuidos de forma desigual, siempre habrá grupos que no tengan acceso a ellos. Es decir, no se trata de una falta absoluta de recursos, sino de quién tiene el poder para acceder y controlarlos. Según Homer-Dixon, la escasez estructural es una consecuencia de la mala gestión y distribución por parte de las estructuras sociales, políticas o económicas que privilegian a ciertos grupos y marginalizan a otros. En el caso del Triángulo de Ilemi, muchas comunidades pastoriles carecen de reconocimiento legal sobre sus territorios tradicionales ni sobre las estructuras informales de representación frente a los gobiernos de Kenia, Etiopía y Sudán del Sur. Por consiguiente, se refuerza la marginación de las comunidades y se limita su capacidad de defender y proteger su acceso a recursos esenciales. Estos tres tipos de escasez tienden a interactuar y retroalimentarse, creando un ambiente cada vez más propenso al conflicto. Asimismo, Homer-Dixon enfatiza que, si a los factores se le añade una debilidad institucional, la posibilidad de conflicto se eleva exponencialmente. En este sentido, cuando las instituciones son frágiles, no poseen legitimidad o no cuentan con mecanismos eficaces para mediar conflictos, repartir recursos o fomentar estrategias de sostenibilidad, la violencia aumenta. Por tanto, en nuestra área de estudio, la ausencia de presencia estatal efectiva y la ambigüedad fronteriza contribuyen al ciclo vicioso de enfrentamientos y falta de soluciones institucionales duraderas.

3.3 Gobernanza de los Recursos Comunes (dinámica)

La teoría de Gobernanza de los Recursos Comunes surge en contraposición a la visión pesimista de Garret Hardin en su artículo *The Tragedy of the Commons* (1968). Hardin argumentaba que, cuando los recursos naturales son de acceso libre y no existe una

regulación específica o una autoridad que limite su uso, los individuos tienden a explotarlos para su propio beneficio, sin considerar los impactos o las desigualdades que generan. Como consecuencia de este comportamiento racional, los recursos naturales se agotan, dando lugar al colapso del sistema. Las dos soluciones que plantea Hardin son la privatización o la regulación centralizada por parte del Estado (Hardin, 1968). Frente a esta perspectiva determinista, la politóloga Elinor Ostrom y otros investigadores demostraron empíricamente que las comunidades son capaces de gestionar los recursos de forma sostenible y colectiva, sin necesidad de privatizarlos ni de depender exclusivamente del control estatal. Esta línea teórica se materializó en su obra *Governing the Commons* (1990) en la que Ostrom indica que los individuos pueden administrar los recursos de manera efectiva y eficiente a través del desarrollo de sus propias instituciones de autogobierno. En este contexto, la gobernanza se define como «el conjunto de procesos que abarcan la formulación de reglas, su aplicación y la supervisión en torno a su cumplimiento» (Berkes, 2009, p. 12). Esta gobernanza se puede aplicar como mecanismo de carácter integral para la cogestión (*co-management*) de los recursos naturales dentro de un sistema de recursos de uso común (*common-pool resources*) (Berkes, 2009; Ostrom, 1990).

En este sentido, debemos diferenciar entre gobierno y gobernanza. Por un lado, el gobierno hace referencia a las instituciones formales de un Estado que poseen la autoridad y legitimidad de establecer y coordinar leyes y políticas públicas. Es decir, el gobierno implica el control vertical desde una autoridad central, que suele ser el Estado. Por otro lado, la gobernanza es un concepto más amplio y horizontal que engloba todas las formas en la que los sistemas sociales son coordinados y regulados. Este enfoque es policéntrico y participativo, de manera que incluye la involucración de múltiples actores más allá del gobierno como: comunidades locales, Organizaciones no gubernamentales (ONG) y normas sociales o culturales (Ostrom, 1990). Esta distinción es clave para el análisis del Triángulo de Ilemi. Mientras que el «gobierno» hace referencia a la intervención de los Estados implicados (Kenia, Sudán del Sur y Etiopía), la «gobernanza» contempla también a los actores no estatales, como las comunidades pastoriles (Turkana, Toposa, Nyangatom), sus normas consuetudinarias de uso del territorio, organizaciones religiosas humanitarias como la Comunidad Misionera de San Pablo (MCSPA), y organismos regionales como la Unión Africana.

Cabe destacar que el autor no expone esta teoría de gobernanza como una solución universal y única. Al contrario, Ostrom argumenta que cada sistema debe ajustarse a las

características específicas de los recursos naturales, las comunidades y el contexto socio-ecológico de la región. No obstante, sí que identificó ocho principios de diseño que comparten las comunidades que han logrado gestionar exitosamente recursos de uso común sin llegar al conflicto, al colapso del sistema o al agotamiento de estos (Ostrom,1990). Estos principios no son normas rígidas, sino patrones empíricos observados en casos reales y que nos sirven de guía de trabajo. En primer lugar, el establecimiento de límites claramente definidos. Estos límites aluden tanto al espacio físico en el que se encuentran los recursos como a los miembros autorizados a utilizarlos. Definir quién tiene derecho a utilizar el recurso, y en qué constituye realmente ese recurso, evita el conflicto y facilita la gestión. En segundo lugar, la congruencia entre reglas y condiciones locales. Este principio se basa en que no todas las reglas sirven para los todos los contextos. Por un lado, están las reglas de apropiación, que aluden al uso que cada miembro puede hacer del recurso común (tiempo, frecuencia o tecnología). Por otro lado, están las reglas de provisión, que se refieren al mantenimiento de estos recursos y a cómo cada comunidad puede contribuir (trabajo, materiales o apoyo monetario). Ambas reglas deben adaptarse a las características ecológicas, sociales y económicas del contexto local y a la situación concreta que se dé en cada momento. Por ejemplo: si hay sequía, se debe reducir temporalmente el acceso al agua. En tercer lugar, tenemos los arreglos de elección colectiva que remiten a la participación de todos los miembros implicados en la modificación y aplicación de las normas sobre los recursos. Esto favorece al sentido de pertenencia, la responsabilidad y la legitimidad del sistema de gobernanza. Un ejemplo, en el caso del Triángulo de Ilemi, sería la creación de asambleas comunitarias en las que las diferentes tribus debatieran y aprobaran calendarios de uso de los pastos. El cuarto principio habla del monitoreo del sistema, de modo que exista un sistema de vigilancia o supervisión para el cumplimiento de las normas. Este control debe ser ejercido por personas de la comunidad que tengan legitimidad y sirvan de actores a los que rendir cuentas.

Para que este sistema de supervisión funcione surge el quinto principio que plantea las sanciones graduales. Es decir, una vez se infrinjan las normas deben existir sanciones proporcionales a cada una de las infracciones. Destaca que el uso de penalizaciones muy severas puede llegar a ser contraproducente y que debe hacerse de forma pertinente y progresiva para evitar el conflicto. En sexto lugar, están los mecanismos de resolución de conflictos, los cuales deben ser rápidos, eficaces y accesibles. Las disputas deberían poder resolverse sin un gran coste y mediante vías accesibles a todos los usuarios. De esta

manera, se previene la escalada del conflicto y se promueve la cooperación. En séptimo lugar, es importante que se reconozca el derecho a autogobernarse. Las autoridades externas, como los gobiernos, deben permitir que las comunidades se organicen bajo sus propias normas e instituciones. En nuestro caso de estudio haría referencia, por ejemplo, a que el gobierno de Kenia respetará las normas tradicionales de los Turkana a la hora de crear nuevas leyes. El último principio habla de la gobernanza policéntrica en base a un sistema de empresas anidadas (*nested enterprises*). En otras palabras, se refiere a la creación de una estructura amplia de coordinación con múltiples niveles de gobernanza (local, regional y nacional) en la que exista una jerarquía institucional. Este mecanismo resulta especialmente útil en casos de recursos comunes que son complejos o atraviesan varias jurisdicciones, como ocurre en nuestro caso de estudio.

4. Desarrollo de la investigación

Para llevar a cabo este estudio, se ha empleado un enfoque cualitativo apoyado en el análisis detallado de seis entrevistas. Tres de ellas fueron realizadas a misioneros pertenecientes a la Comunidad Misionera de San Pablo (MCSPA) —Albert Salvans, Fernando Aguirre y Andrew Yakulula—, quienes cuentan con una amplia trayectoria en la región del Triángulo de Ilemi. Esta comunidad misionera, con presencia activa en los tres países que convergen en la zona (Kenia, Etiopía y Sudán del Sur), ha desarrollado un amplio conocimiento del territorio y de las dinámicas sociales que lo atraviesan. Albert Salvans reside actualmente en Sudán del Sur; Andrew Yakulula se encuentra en Turkana, Kenia, en la misión de Lobur; y Fernando Aguirre, aunque actualmente trabaja en Malawi, es considerado un referente en el estudio del conflicto, habiendo vivido muchos años en la región y siendo autor del libro *Pastoralist Conflict in the Horn of Africa: The Turkana-Dassenech Case*, obra que ha sido fundamental para este trabajo. Las otras tres entrevistas fueron realizadas a jóvenes de la comunidad Turkana: Joseph Nanyeit, Joyce Ajikon y Moses Ewoton, a quienes conozco personalmente gracias a mis estancias en la misión de Lobur. Sus testimonios permiten acceder a la visión local del conflicto desde los que lo experimentan diariamente, aportando una perspectiva desde dentro sobre las causas estructurales, la evolución de las tensiones y los intentos de resolución comunitaria. El desarrollo de la investigación se organiza a partir de los tres marcos teóricos trabajados: el neoinstitucionalismo, la teoría de los conflictos ambientales y la gobernanza de los recursos comunes. Durante el análisis se entrelazan estas perspectivas con los testimonios

recogidos, con el objetivo de comprender las causas, dinámicas y posibles soluciones al conflicto prolongado que atraviesa el Triángulo de Ilemi.

4.1 Causas del conflicto: enfoque neoinstitucionalista y teoría de los conflictos ambientales

El enfoque neoinstitucionalista ofrece una dimensión integral que sirve para comprender las causas estructurales e históricas del conflicto en el Triángulo de Ilemi. Esta corriente parte de la premisa de que las instituciones —entendidas como las «reglas del juego» formales (leyes, tratados, estructuras estables) e informales (costumbres, normas tribales, acuerdos orales)— constituyen el comportamiento de los actores políticos y sociales. Cuando estas reglas son imprecisas, poco claras o débiles, se crea un vacío institucional que da lugar al conflicto. El caso del Triángulo de Ilemi, una región históricamente marginada, disputada y escasamente gobernada, muestra cómo el legado colonial, la debilidad de los Estados y la coexistencia de sistemas normativos contrapuestos han sentado las bases para un conflicto prolongado.

Junto a este enfoque institucional, las causas de la disputa deben ser analizadas desde la perspectiva de los conflictos ambientales, permitiendo analizar cómo el deterioro ecológico, la falta de recursos naturales y el incremento de la presión demográfica funcionan como elementos estructurales que originan las tensiones. En regiones áridas y semiáridas como el Triángulo de Ilemi, la disponibilidad de agua, pasto y tierra fértil es limitada, de manera que, las condiciones ambientales pueden convertirse en causas determinantes para las tensiones intertribales. En definitiva, este apartado analiza las causas estructurales del conflicto desde una doble perspectiva: por un lado, el legado institucional colonial, la debilidad estatal y la inseguridad resultante; y por otro, la presión ambiental como un factor que intensifica las dinámicas de rivalidad entre grupos.

4.1.1 El legado colonial – causas históricas

Una de las principales causas del conflicto es el legado institucional derivado del periodo colonial. A partir de la teoría del neoinstitucionalismo, se argumenta que las decisiones tomadas en el pasado —especialmente en contextos coloniales— generan trayectorias institucionales dependientes (*path dependency*) que limitan la capacidad de transformación y adaptación de las estructuras actuales. En el caso del Triángulo de Ilemi, las fronteras fueron trazas arbitrariamente sin tener en cuenta las realidades culturales, ecológicas y económicas de los pueblos que habitaban en la región. Como explica uno de

los entrevistados, Moses Ewoton, las tribus Turkana (Kenia), Toposa (Sudán del Sur), Nyangatom (Sudán del Sur y Etiopía), Dassenech (Etiopía) y Karamoja (Uganda) forman parte de las denominadas comunidades Ateker. Estas comunidades constituyen un conjunto de grupos étnicos que comparten raíces lingüísticas, culturales e históricas, así como un modo de vida pastoril y una lógica de organización social similar. La única excepción lingüística son los Dassenech, que, si bien no comparten el mismo idioma, sí mantienen prácticas culturales y formas de vida comunes al resto de los Ateker. El gobierno colonial británico, al establecer fronteras según intereses estratégicos y no tener en cuenta el contexto social, fragmentó estas comunidades, dividiéndolas entre diferentes Estados y debilitando sus estructuras tradicionales de cooperación y gobernanza territorial. Además, estas fronteras nunca fueron aceptadas ni formalizadas por todas las partes, generando hasta hoy una ambigüedad jurídica y administrativa.

Como explica Albert Salvans, en el periodo precolonial existían acuerdos informales, aunque tácitos, entre las diferentes tribus que permitían la convivencia y el uso compartido de recursos: «Si llovía en un lado, pero no en el otro, las comunidades permitían el paso ya que era una cuestión de vida o muerte». Sin embargo, con la división de las fronteras se crearon «barreras mentales» que dificultaron los acuerdos intertribales. Tras la descolonización de África se exigió a nivel internacional la consolidación de fronteras claras basadas en el principio de *uti possidetis* —los nuevos Estados debían conservar las fronteras administrativas que tenían bajo el poder colonial—. No obstante, las administraciones públicas no supieron adoptar esta lógica a las dinámicas locales, respetando unas fronteras más flexibles con el reconocimiento de los acuerdos tradicionales. Con la llegada de las independencias, ni Sudán ni posteriormente Sudán del Sur lograron establecer una presencia estatal efectiva en la zona. Como resultado, el área quedó sumida en un vacío institucional, donde el Estado no ejerce control ni ofrece servicios. En este contexto de abandono, Kenia asumió de facto la administración del territorio, expandiendo su presencia en la zona y consolidando una soberanía informal que ha sido objeto de disputa. Esta situación se refleja en los testimonios recogidos durante la investigación. Según Fernando Aguirre, misionero con más de 40 años en la región: «El problema viene de la descolonización. Los británicos no habían desarrollado bien el país y esta zona era como el Far West americano, una zona sin ley ni orden». En su experiencia, el gobierno colonial consideraba el norte de Kenia como un «agujero negro», un espacio donde toda inversión desaparecía sin resultados, lo que reforzó su abandono y marginación.

«La población civil no sabía muy bien sus derechos, ni dónde estaban, ni quiénes eran», añade Aguirre, evidenciando la ausencia de estructuras estatales definidas y las fronteras que se desdibujaban. En la misma línea, Andrew Yakulula, recuerda que tras el periodo colonial «cruzabas las fronteras y no se sabía si estabas en Kenia o en Sudán del Sur», lo que pone de entredicho la ambigüedad espacial e institucional generada por el colonialismo que no estaba siendo resuelta por los Estados postcoloniales.

4.1.2 La debilidad institucional de los gobiernos – causas institucionales

El vacío institucional heredado del pasado colonial dejó una situación compleja para los posteriores gobiernos de Etiopía, Sudán del Sur y Kenia, lo que ha impedido consolidar una gobernanza efectiva del territorio. Desde la perspectiva neoinstitucionalista, la ausencia o mal funcionamiento de las instituciones formales ha sido una de las principales causas del surgimiento del conflicto. En el caso de Etiopía, aunque oficialmente no reclama la zona, parte de sus comunidades fronterizas —Dassenech y Nyangatom— están en conflicto con tribus de Kenia y Sudán del Sur. La *Southern Nations, Nationalities and People's Regions* (SNNPR) fue una de las regiones federales de Etiopía que, hasta su reciente división, agrupaba distintas etnias del país, incluidos ambos pueblos. Históricamente, el gobierno ha relegado a un segundo plano a la SNNPR, en particular el área del río Omo (adyacente a Ilemi), que ha sido marginada por el poder central. Como expone Albert Salvans, «los etíopes que son semitas, no se creen ni africanos y en todas estas zonas que son negros, no tienen gran interés». Si bien es cierto que durante el gobierno de Meles Zenawi se realizaron inversiones puntuales —como la construcción de carreteras, escuelas o fábricas de azúcar—, faltó un compromiso genuino por saldar la deuda histórica con las regiones del sur. Para ello, hubiera sido necesaria una mayor inversión que permitiera reducir las desigualdades económicas respecto a las zonas más desarrolladas del país (Fernando Aguirre, entrevista personal). Debido a este desequilibrio, los resultados del gobierno etíope no han sido los esperados, a pesar de los esfuerzos realizados. En el caso de Sudán del Sur, la situación es diferente y su funcionamiento estatal es el más débil. A pesar de que —conforme a la línea fronteriza de 1914— el territorio del Triángulo de Ilemi debería formar parte de sus fronteras, el estado nunca ha ejercido una gobernanza efectiva sobre el mismo. Desde su independencia en 2011, el país ha estado inmerso en problemas internos que han situado este conflicto en el último escalón en términos de prioridad. «En Sudán del Sur tienen millones de preocupaciones y no pueden ocuparse de esto, no tienen la capacidad» dice Albert Salvans, que vive en el país

desde hace cinco años. Sudán del Sur ha presentado reclamaciones territoriales ante la Unión Africana y Naciones Unidas, pero en la práctica esta posición se debe más a su uso como «carta política» que porque realmente quieran recuperar la región. En el caso de Kenia, se puede observar una estrategia institucional distinta. El país ha sabido aprovechar su mayor estabilidad interna y la fragilidad de sus vecinos para ocupar y administrar de facto el Triángulo de Ilemi. Como señal Salvans, el Estado keniano «se ha ido adentrando poco a poco en esta zona, poniendo puestos de policía, abriendo poblados y ocupando progresivamente hasta llegar al límite actual de Kibish». Esta ocupación ha sido posible debido a que Sudán del Sur estaba sumido en la violencia de la Guerra Civil lo que generó un vacío de gobernanza, convirtiéndola en un «limbo» institucional. Además, como se ha expuesto anteriormente, durante el proceso de independencia de Sudán del Sur, hubo una colaboración informal entre ambos gobiernos, permitiendo que las milicias sursudanesas cruzaran y se entrenaran en territorio Turkana otorgándole una especie de «ocupación tolerada».

4.1.3 La presión ecológica – causas ambientales

El conflicto en el Triángulo de Ilemi no puede explicarse únicamente desde la perspectiva histórica o institucional, sino que para comprenderla debemos volver al origen, a los momentos previos a los gobiernos modernos y a la época colonial. Desde los inicios de la historia de la humanidad, los seres humanos han luchado por la tierra y por los recursos. Esta competencia por el acceso a los bienes se ha visto reflejada de manera muy particular en las zonas del mundo conocidas como ASALs (Arid and Semi-Arids Lands) que están caracterizadas por terrenos secos, con poca lluvia y alta vulnerabilidad climática. El área del Triángulo de Ilemi se encuentra entre las regiones áridas y semiáridas del mundo. En este contexto, la teoría de los conflictos ambientales propone un marco útil que explica como la presión ecológica actúa como causa estructural en la disputa. Esta visión argumenta que el deterioro ambiental, la falta de recursos y el aumento demográfico pueden desencadenar conflictos violentos, especialmente cuando coinciden con estructuras institucionales frágiles o ausentes. Es decir, la falta de recursos por sí sola no tiene por qué generar conflicto, pero si ocurre en un entorno de fragilidad en la que ni las instituciones formales ni las informales funcionan actúa como multiplicador de las tensiones. Como argumenta Fernando Aguirre, la disputa en el Triángulo de Ilemi «empieza porque es un conflicto por los recursos y para la supervivencia. Es un conflicto por el agua, el pasto, la pesca y la caza». Las comunidades de la región están basadas en modos de vida pastoriles

que dependen de su ganado y debido a la escasez de recursos, las comunidades se enfrentan. «Si tuvieran más recursos, cada uno por su lado, no tendrían tantos conflictos y podrían comerciar entre ellos», añade Salvans.

Este tipo de escasez correspondería, según la teoría de los conflictos ambientales, a la escasez inducida por la oferta, es decir, una situación en la que los recursos son escasos debido a su deterioro por sobreexplotación, cambio climático o degradación de los ecosistemas. Todos los entrevistados afirman que la variabilidad del clima en el Triángulo de Ilemi ha existido siempre. Fernando Aguirre explica: «Esto de que el lago se seque o se llene ha pasado siempre», refiriéndose a los cambios cíclicos en el nivel de agua del Lago Turkana. Sin embargo, como añade Albert Salvans, «hay años en que llueve mucho más que antes y años que hay sequías más extremas», indicando una creciente irregularidad que intensifica la inestabilidad ecológica. Esta dinámica resulta en una competencia intensa por los recursos esenciales. Según el testimonio de Moses Ewoton, «las condiciones climáticas extremas en Turkana son una de las principales causas del conflicto». Esta percepción es compartida por otros miembros de la comunidad, como Joyce Ajikon, quien sostiene que «el conflicto principal es por la tierra. Si está muy seco, los Turkana deciden ir a otros lugares donde haya pasto y agua, pero allí ya viven otras personas». La vida de las comunidades nómadas está condicionada por desplazamiento interfronterizo debido a la falta de recursos en su propio territorio, lo que aumenta los enfrentamientos violentos. Por su parte, Joseph Nanyeit resalta que la situación se agrava debido a prácticas locales como la quema de pastos, lo que degrada aún más la calidad del suelo: «La quema de pastos lleva a la pérdida de fertilidad del terreno, y cuando solo llueve una vez al año, la hierba se seca y los animales mueren por falta de agua». El agua se presenta, por tanto, como uno de los elementos más importantes en el desarrollo de estas comunidades, especialmente en las zonas ASAL. Gracias a la actividad de los misioneros, los recursos hídricos han aumentado, ya que se han construido presas y pozos para mejorar el acceso. Además, según Fernando Aguirre «nadie que esté vivo se acuerda de un nivel de agua en el lago como el que hay ahora». Él considera que este fenómeno podría estar relacionada con movimientos de placas tectónicas, y menciona: «Antes, para llegar al puesto de policía se llegaba en coche y ahora hay que ir en barca». No obstante, a pesar de la mejora en algunos aspectos hídricos, la calidad de la tierra continúa siendo mala y los recursos siguen limitados. Según explica Albert Salvans, más allá del deterioro geográfico, la calidad del ganado también ha disminuido: «En Turkana cada vez hay menos vacas y el pastoreo va disminuyendo.

Además, las cabras, aunque son bastante devastadoras, son las que más aguantan. Van a tener que ir desarrollando otros modos de vida». En definitiva, la disminución progresiva de los recursos naturales en el Triángulo de Ilemi, sumada a la falta de infraestructuras resilientes y a la ausencia de mecanismos de gobernanza eficaz, convierte la escasez inducida por la oferta en un factor estructural que intensifica y prolonga las dinámicas de conflicto en la región.

Por otro lado, además de la escasez inducida por la oferta, existe la escasez provocada por la demanda. Según la teoría de los conflictos ambientales, este tipo de escasez ocurre cuando el crecimiento de la población o el aumento de las demandas de consumo excede la capacidad de regeneración de los recursos naturales. En otras palabras, a pesar de que el volumen de los recursos se mantenga constante, la demografía y la presión sobre los recursos aumentan, dando lugar a una mayor competencia entre los usuarios, lo que puede desembocar en tensiones y disputas. En el caso del Triángulo de Ilemi, aunque el crecimiento demográfico no haya sido desmesurado, sí que ha existido un aumento poblacional que ha incrementado la presión sobre el medio. Las tribus pastoriles, cuya supervivencia depende del ganado, necesitan áreas extensas de tierra y acceso a fuentes de agua. Como señala Mosses Ewoton, «el acceso a los recursos naturales, especialmente al agua y los pastos, se ha vuelto difícil para las comunidades vecinas de los Turkana y los pastores nómadas debido a la alta competencia, ya que los recursos no son suficientes en ambas comunidades». Fernando Aguirre profundiza en esta idea al considerar que la escasez provocada por la demanda —debido al aumento poblacional— es más significativa que la causada por la oferta —debido a la disminución de recursos—. «En esta zona creo que es más el aumento de la población que el cambio climático. Los recursos son los mismos, pero la población ha aumentado», afirma Aguirre. Además, explica que alrededor del Lago Turkana y, especialmente, en la zona del Río Omo, «muchas tribus se han asentado buscando una manera de sobrevivir, quedando muchas tribus en poco espacio». Como consecuencia de esta concentración poblacional, surgieron conflictos y se implementaron tácticas de adaptación que, desde nuestra perspectiva, pueden parecer. Según relata: «Como los recursos eran limitados, algunas tribus —como puede observarse en el documental de National Geographic *Omo Child*— practicaban una forma de planificación familiar. Es decir, mataban a gente menos fuerte o con algún tipo de problemática». Fernando Aguirre interpreta estas prácticas como una posible estrategia cultural de adaptación frente a la escasez, destinada a reducir la presión demográfica y

evitar el conflicto por los recursos para la supervivencia. «A pesar de los esfuerzos del gobierno, algunas comunidades siguen ocasionalmente realizando estas prácticas», sostiene. Este ejemplo ilustra cómo la presión por los recursos no solo lleva a enfrentamientos externos, sino también a prácticas internas de control de población como mecanismos de adaptación a la escasez. Tal como concluye Aguirre: «Si la población aumenta, hay que cambiar la manera de explotar los recursos o reducir la población». Andrew Yakulula complementa esta visión al señalar que «los recursos no han aumentado, son pocos y no son suficientes para todos: menos agua para las personas y para los animales, menos escuelas y dispensarios. Ambos lados están afectados. Los recursos son limitados, y por eso luchan por ellos». Esta declaración fortalece el concepto de que la presión demográfica no solo incide en el acceso a bienes necesarios para la subsistencia, sino también a servicios esenciales como la educación o la salud, incrementando la vulnerabilidad global de la región. En conclusión, la disminución de los recursos sumada al aumento poblacional y a la falta de mecanismos gubernamentales eficientes, sitúa la escasez inducida por la demanda como una causa estructural del conflicto.

Finalmente, existe un tercer tipo de escasez conocido como escasez estructural o escasez por distribución desigual. Esta se presenta cuando, pese a la existencia de recursos, el acceso a los mismos no es equitativo entre todos los grupos o comunidades. De acuerdo con la teoría de los conflictos ambientales, esta desigualdad puede actuar como catalizador del conflicto, al generar resentimiento, sensación de injusticia y competencia por los recursos. En el Triángulo de Ilemi, el reparto de los recursos hídricos, los pastos y las tierras fértiles no es homogéneo. Algunas comunidades, generalmente aquellas situadas cerca de las fuentes permanentes de agua o pertenecientes a los países con mayor influencia política, gozan de mayor facilidad de acceso, mientras que las situadas en zonas más alejadas y remotas suelen salir perjudicadas. Albert Salvans explica que la comunidad misionera ha sido capaz de reducir esta brecha de desigualdades entre la tribu Turkana de Kenia y la tribu Nyangatom de Etiopía: «Ese era el objetivo: trabajar a ambos lados de la frontera para que no hubiera esta desigualdad. Y yo creo que, con los Nyangatom, con nuestra presencia allí, se ha equilibrado bastante la balanza; tienen bastantes más vacas por habitante y tienen pasto». Sin embargo, confiesa que la situación con la tribu de los Dassenech de Etiopía es diferente: «Ahí sí que radica uno de los puntos del conflicto, porque los han ido empujando hacia la esquina con Kenia, aumentando la densidad de población y la presión sobre el territorio, obligándoles a abrirse hacia el lado de Turkana». Esta presión y desplazamiento

de las comunidades no solo intensifican la competencia territorial, sino que también agravan la escasez estructural, ya que el aumento de la población y la movilidad forzada provocan mayores desigualdades en el acceso a los recursos, profundizando así las tensiones entre los grupos. Por otro lado, Joyce Ajikon describe cómo las dinámicas internas de desigualdad también aumentan las tensiones: «Los líderes, que son quienes tienen autoridad, se niegan a ceder tierras a la población nativa. Los de las clases más bajas no tienen acceso a la tierra. El conflicto surge cuando una parte emplea a miembros de una tribu y excluye a la otra». Esta falta de equidad en el reparto de tierras y oportunidades refuerza la sensación de injusticia creando una percepción de marginalidad y exclusión, factores clave en la escalada del conflicto. En este contexto, no es solo la falta de recursos la que fomenta la violencia, sino también la desigualdad en su distribución. La falta de habilidad de los gobiernos de formular políticas de distribución y la falta de representación de todas las comunidades, intensifica las tensiones y consolida la escasez estructural como otra de las causas del conflicto intertribal. En definitiva, aunque es posible distinguir entre escasez inducida por la oferta, escasez inducida por la demanda y escasez estructural, todas ellas están profundamente interrelacionadas en el Triángulo de Ilemi. La degradación ambiental, el aumento de la presión demográfica y la distribución desigual del acceso a los recursos se combinan para crear un entorno de alta vulnerabilidad y competencia. Sin embargo, más allá de las dinámicas internas de cada tipo de escasez, el problema central radica en la insuficiencia general de recursos: el territorio ofrece muy pocos recursos disponibles y estos no son suficientes para sostener a todas las tribus que dependen de ellos. Esta realidad material, agravada por la falta de estructuras de gobernanza eficaces, constituye uno de los pilares fundamentales en el origen y perpetuación del conflicto en la región.

4.2 Dinámica del conflicto: gobernanza de los recursos comunes

Tras comprender los orígenes del conflicto en el Triángulo de Ilemi, resulta necesario analizar cómo interactúan las comunidades locales en torno a los recursos comunes, es decir, entender la dinámica del conflicto. Desde la perspectiva de la teoría de la gobernanza de los recursos comunes desarrollada por Elinor Ostrom, los recursos naturales limitados pueden ser gestionados de manera sostenible y colectiva por los propios actores locales, sin necesidad de una intervención estatal. Para ello, es imprescindible que existan instituciones de autogobierno apoyadas en normas claras, mecanismos de mediación efectivos y sistemas de control adecuados. Ostrom identificó ocho principios a partir de los

cuales se pueden gestionar con éxito los recursos comunes, entre ellos destacan: la definición clara de los límites de uso, la participación de los usuarios en la creación de reglas, la supervisión efectiva del cumplimiento y la existencia de sanciones graduadas. No obstante, en el caso del Triángulo de Ilemi, como se analizará a continuación, estos principios no se aplican plenamente, o se encuentran profundamente erosionados debido a la presión ambiental, la debilidad institucional y la militarización progresiva de las comunidades. A lo largo de este apartado se analizarán dos grandes aspectos que explican la dinámica actual del conflicto: En primer lugar, se examinará la aplicación parcial de los principios de gobernanza de Ostrom, divididos en dos bloques: aquellos orientados a alcanzar la paz mediante la participación comunitaria, y aquellos relacionados con la estructura de autogobierno y la gestión multinivel. En segundo lugar, se abordará la escalada armamentística del conflicto, analizando cómo el fácil acceso a armas ligeras y la militarización de las comunidades han intensificado las disputas por los recursos. Esta estructura permitirá entender no solo las limitaciones en la gestión comunitaria de los recursos, sino también el modo en que la violencia se ha convertido en un componente estructural de la dinámica en el Triángulo de Ilemi.

4.2.1 Los principios de Ostrom: paz y gobernanza

En relación con los principios orientados a alcanzar la paz y resolver conflictos, destacan el principio de arreglos de elección colectiva y el principio de mecanismos de resolución de conflictos. El primero, el principio de arreglos de elección colectiva, establece que los miembros de las comunidades afectadas deben participar activamente en la modificación o aplicación de las normas que regulan el uso de los recursos. En el Triángulo de Ilemi, esta participación se refleja en las reuniones tradicionales que las comunidades organizan para acordar pactos de paz o resolver disputas. Según el testimonio de Moses Ewoton, quién ha podido presenciar alguno de estos encuentros, «los acuerdos se alcanzan a través de reuniones en las que ambas partes se encuentran en un lugar situado en la frontera, lideradas por los líderes tribales o por organizaciones de mantenimiento de la paz». Los líderes tribales actúan como representantes de sus comunidades: son los encargados de conducir las reuniones, transmitir los mensajes sobre los acuerdos alcanzados y decidir si aceptan o rechazan las iniciativas de paz en función de los beneficios que puedan suponer para su comunidad. Una vez aprobado el acuerdo, los líderes tribales bendicen a sus miembros con el objetivo de garantizar su cumplimiento y permanencia en el tiempo. Estas prácticas están profundamente arraigadas en tradiciones

culturales que buscan reforzar los acuerdos alcanzados. Tal como explica Mosses Ewoton, «una vez se llega a un acuerdo, se matan cabras o vacas para mostrar el inicio de la paz y luego ambos miembros de las comunidades se comen la carne juntos», ritual que simboliza la reconciliación y la restauración del vínculo entre las tribus. Andrew Yakulula también destaca la importancia del diálogo en estos encuentros: «Tienen largas conversaciones, largas discusiones hasta que llegan a un punto en común. El diálogo ha sido una de las mejores maneras para llegar a la paz. Una vez hay diálogo, cambian muchas cosas». No obstante, este proceso no siempre resulta efectivo, y en ocasiones, como admite el propio Yakulula, «al día siguiente todo vuelve a ser igual», evidenciando la fragilidad de los pactos. Esta percepción es compartida por Joyce Ajikon, otra de las entrevistadas locales, quien comenta: «Desde que soy pequeña, lo que veo es hoy paz, mañana conflicto». A pesar del esfuerzo comunitario por mantener arreglos de elección colectiva, estos suelen ser inestables y no consiguen establecerse de forma duradera en la región.

En segundo lugar, respecto al principio de mecanismos de resolución de conflictos, la situación también es insuficiente. En teoría, estos mecanismos deben permitir resolver disputas de forma rápida, eficaz y con un bajo coste para todas las partes implicadas. Sin embargo, en Ilemi, como expone Fernando Aguirre, «no existen mecanismos como tal, hay iniciativas, pero no mecanismos». Entre estas iniciativas destaca la labor de la IGAD (Autoridad Intergubernamental sobre el Desarrollo), que trabaja en la región para tratar de reducir las descompensaciones que existen entre las diferentes comunidades y elaborar políticas de reajuste. «La IGAD reconoce la importancia de la movilidad pastoril para la subsistencia y el desarrollo social de los habitantes de la zona, y la aborda mediante iniciativas como el *Transhumance Protocol* y el *Regional Pastoralism Day and Expo*», explica Aguirre. Ambas medidas buscan proteger la circulación de los pastores y promover políticas que se ajusten y respeten este modo de vida (IGAD, s.f.). Por otra parte, organizaciones dedicadas a la resolución de conflictos, como Shalom, han impulsado actividades orientadas al diálogo entre las distintas comunidades, incluyendo la participación de mujeres y jóvenes. No obstante, la eficacia de estos esfuerzos es limitada. Como apunta Albert Salvans, «han ido organizando talleres, pero mi sensación es que no hay nada como el día a día, como el trabajo ordinario». Muchos de estos talleres se celebran con incentivos económicos, como el denominado *sitting allowance*, lo que provoca que numerosos miembros asistan más por interés económico o para poder comer que por un compromiso real con el proceso de paz. «De un taller a que haya un cambio de actitud real

hay una gran distancia», concluye Salvans. Asimismo, señala la falta de interés y capacidad real por parte del gobierno: «Los del gobierno los van cambiando y solo quieren salir en la foto cuando hay un encuentro. Hay poca consistencia o incluso habilidades de gente que realmente sepa cómo empezar un proceso de resolución de conflictos y lo pueda seguir y perseverar en el empeño». Así, aunque existen intentos de mantener espacios de diálogo y resolución, estos mecanismos siguen siendo débiles, inconsistentes y poco efectivos para sostener procesos de paz duraderos.

Además de los principios orientados a la resolución de conflictos, la teoría de Ostrom contempla otros relacionados con la forma en que las comunidades se organizan para gobernar los recursos comunes. En el caso del Triángulo de Ilemi, destacan dos principios especialmente relevantes: el derecho al autogobierno y el principio de gobernanza multinivel, también conocido como empresas anidadas. Ambos están estrechamente conectados con la capacidad de las comunidades locales para gestionar sus propios asuntos y coordinarse con otras escalas institucionales de forma efectiva y sostenible. El principio de autogobierno reconoce que las comunidades deben tener el derecho, la libertad y la legitimidad para gobernarse bajo sus propias reglas tradicionales de cooperación, sin interferencias excesivas por parte de las autoridades estatales. En el Triángulo de Ilemi, este principio se ha aplicado históricamente a través de acuerdos informales entre tribus que regulaban, por ejemplo, el acceso al territorio o el paso de ganado durante las épocas de escasez. Hoy en día, esta manera de relacionarse sigue existiendo: «Gracias al conjunto de acciones de diálogo impulsadas por los distintos Estados, gobiernos locales y la participación de la sociedad civil —incluidas ONG y organizaciones religiosas—, se ha logrado crear un clima propicio que permite a las tribus organizarse de manera informal. Como resultado, actualmente es posible observar rebaños de pastores Turkana de Kenia pastando en territorio Nyangatom en Etiopía», explica Fernando Aguirre. Este tipo de cooperación refleja la persistencia de estructuras tradicionales de gobernanza comunitaria, que, a pesar de los conflictos, siguen teniendo capacidad para establecer acuerdos funcionales. Por otro lado, Andrew Yakulula refuerza esta idea al señalar que la mejor manera de organizarse es entre las comunidades y no tanto a través de los gobiernos: «Ellos se entienden, sus problemas, de donde vienen, mucho mejor que los gobiernos, las ONG o la Iglesia». Según su testimonio, las comunidades suelen autogobernarse mediante reuniones para alcanzar procesos de paz, y aunque algunas alianzas han resultado más estables que otras (como entre los Turkana, Toposa y Nyangatom), aún existen zonas de

tensión —especialmente entre los Turkana y Dassenech— donde el conflicto no se ha resuelto del todo.

Finalmente, el octavo principio de Ostrom establece que, en contextos complejos, la gobernanza debe organizarse en múltiples niveles interconectados, desde el local hasta el nacional. Esta estructura policéntrica permite abordar los conflictos desde diferentes escalas, adaptándose mejor a la diversidad de actores y territorios implicados. En el caso de Ilemi, Fernando Aguirre defiende que esta sería la forma más eficaz de organización: «Lo que se debería hacer es mediar a varios niveles. Los conflictos locales los deberían mediar ellos con otras instituciones, con el gobierno del condado y luego con el apoyo del gobierno central». Esta visión es compartida por Albert Salvans, quien insiste en que: «Los acuerdos de paz para mí, los de verdad, son los que se tejen desde abajo hacia arriba». Para ambos, lo más importante no reside tanto en la estructura de gobernanza como en el tiempo, la constancia y la transición generacional, necesarios para poder alcanzar una reconciliación real donde las comunidades puedan sanar sus enemistades. «Cuando hay toda una generación en la que me han matado al padre, me han violado a mi madre o a mi tío le robaron todos los animales y transmites eso a tus hijos y sabes quién ha sido, es muy difícil volver a vivir en paz», relata Salvans. «Es necesario un cambio de generación, estoy hablando de 15 a 20 años, no tres meses, ni un año, si realmente se quiere llegar a la raíz de los conflictos», concluye.

4.2.2 La escalada armamentística del conflicto

Aunque algunos de los principios de Ostrom se aplican parcialmente en el Triángulo de Ilemi, las condiciones para una gobernanza pacífica de los recursos se ven gravemente comprometidas por otro factor clave: la proliferación de armas y la militarización de las comunidades. Esta dinámica altera profundamente el modo en que se gestionan los conflictos y transforma disputas que tradicionalmente se resolvían mediante el diálogo o la presión social, en enfrentamientos altamente letales. A pesar de que el robo de ganado y los conflictos intercomunitarios siempre han formado parte de la vida en la región, no habían llegado al nivel de violencia que presenta hoy en día, ni a la inseguridad e inestabilidad actuales. Como explica Fernando Aguirre, «si lo que se busca es causar daño, hay una diferencia sustancial entre arrojar una lanza y disparar una metralleta». Esta idea es reforzada por Albert quien afirma: «Antes había muchas menos muertes, porque iban

con arcos y flechas. Cuando entran las Kalashnikovs, empiezan a haber masacres». El conflicto se ha intensificado no solo por la entrada de armas derivadas de guerras regionales, como la de Somalia, sino también por la falta de control efectivo de fronteras, la globalización y el tráfico ilegal. «En el pasado se ha podido observar que, tras conflictos regionales, como la Batalla de Mogadiscio, suele producirse un flujo ilegal de armas hacia la zona», señala Aguirre. Esta realidad puede resumirse en una imagen impactante: «Cuando ibas al mercado en los 80, había un señor que vendía judías, maíz y balas. Entonces, con la misma lata, le decías pues póngame una lata de balas, dos de judías y tres de maíz», cuenta uno de los entrevistados. Esta normalización del acceso a armas de fuego eliminó muchas de las barreras éticas y comunitarias que anteriormente moderaban la violencia, transformando a una población donde las armas, antes inexistentes, se han vuelto cada vez más comunes. «No había seguridad, ni control, y eso es parte de lo que exacerbará el conflicto», concluye Aguirre.

Más allá del tráfico internacional, los propios Estados han podido contribuir, incluso de forma no intencionada, a la proliferación de armas entre la población. En el caso de Kenia, el gobierno ha delegado la seguridad en civiles, en lugar de garantizarla a través de fuerzas profesionales adecuadamente formadas. Los conocidos como *home guards* o guardias locales se encargan de proteger las fronteras. Como comenta Fernando Aguirre: «En ocasiones hemos podido observar como las fuerzas del Estado formaba efímeramente y distribuía armas entre la población civil. No es una buena idea que se delegue en ellos la seguridad fronteriza». Estas armas, pensadas para la defensa, se utilizan también para ataques y saqueos, cruzando fronteras con facilidad y generando un ciclo constante de venganza. Como consecuencia, los ataques son más letales y el tráfico de armas interfronterizo es muy elevado. «Esta práctica más que reducir el conflicto lo intensifica y empeora», afirma Aguirre. Andrew Yakulula confirma esta militarización local al explicar que el gobierno emplea a civiles en cuerpos como la *Kenya Police Reserve* (KPR). Este cuerpo de seguridad fue creado originalmente por el gobierno colonial para garantizar la seguridad en zonas afectadas el robo de ganado, especialmente en áreas donde la presencia de las fuerzas estatales era limitada. Como explica Fernando Aguirre, varios gobiernos africanos han seguido empleando este cuerpo al independizarse de los europeos. Yakulula cuenta que este mecanismo, «es positivo porque el gobierno gasta menos dinero, pero también negativo, porque das balas a gente que no tiene suficiente preparación y que no saben cómo protegerse». Según él, «es como si construyes una escuela, pero no hay

profesores o construyes un dispensario, pero no hay medicinas, emplean a gente, pero no está educada y eso trae problemas». No obstante, los entrevistados también coinciden en señalar que los gobiernos implicados tratan, en la medida de sus posibilidades, de gestionar la situación. Es importante considerar que tanto Kenia como Sudán del Sur y Etiopía son Estados que enfrentan desafíos estructurales profundos —como la inestabilidad política, la corrupción o la escasez de recursos— ya que se encuentran en fase de consolidación, lo que limita su capacidad de intervención y de resolución efectiva de los conflictos. Por tanto, la responsabilidad no puede entenderse de manera unidimensional, sino dentro de un contexto regional marcado por múltiples factores de vulnerabilidad.

A pesar de los esfuerzos gubernamentales y de las iniciativas de algunas organizaciones, la proliferación de armas ha tenido un impacto devastador en la vida cotidiana de las comunidades locales, afectando incluso a espacios tradicionalmente considerados seguros, como las escuelas. Un ejemplo trágico es el que relata Albert Salvans, quien vivió en primera persona un suceso en Todonyang, en la frontera entre Kenia y Etiopía. Durante la inauguración de la ampliación de una escuela integrada, donde convivían niños de las tribus Dassenech y Turkana, un anciano Dassenech fue asesinado en pleno acto. «Mataron al pobre anciano de los Dassenech, al lado mío, el día que bendecíamos la ampliación de la escuela; se cayó en mis brazos con la sangre saliendo a chorros. Ese mismo día se puso fin a diez años de trabajo en Todonyang: los niños Dassenech dejaron de ir a la escuela», recuerda Salvans. Este tipo de episodios refleja cómo la violencia armada no solo destruye vidas humanas, sino que rompe procesos frágiles de integración y cooperación, dificultando los esfuerzos de reconciliación en la región. Como explica Salvans, «basta con que uno pierda los nervios, pegue dos tiros y se va todo al garete. Lo que llevas años construyendo se va de forma instantánea». A pesar de los múltiples intentos de los misioneros y organizaciones locales por construir puentes de paz, la presencia generalizada de armas dificulta cualquier avance sostenido en el tiempo.

Otro de los factores que ha transformado las dinámicas del conflicto es el cambio en los códigos éticos y culturales que, tradicionalmente, moderaban la violencia. Según varios testimonios, en el pasado existía un mayor respeto hacia los ancianos, las mujeres y los niños, y el robo de ganado se realizaba siguiendo ciertas normas no escritas que limitaban los daños personales. Sin embargo, como señala Joyce Ajikon, actualmente «la gente roba el ganado y después toma represalias llevándose todo y matando a todos, incluidos los

niños pequeños y las mujeres embarazadas». Asimismo, relata que incluso en los periodos de paz, cuando se considera que no existe conflicto, «los turkana empiezan a cruzar al otro lado, confiados, y es entonces cuando los etíopes, viéndolos desprevenidos, atacan de forma abrupta». Esta dinámica alimenta un ciclo continuo de represalias que resulta difícil de detener. En este contexto, el legado de venganza y enemistad entre las tribus se convierte en uno de los principales obstáculos para la reconciliación. Andrew Yakulula también advierte sobre la transformación de los motivos de la violencia: «Antes se mataba por pobreza; ahora se mata por estupidez». En ocasiones, las agresiones no buscan un beneficio material, y ni siquiera implican el robo de ganado. Yakulula relata el caso de un trabajador de la misión, a quien yo pude conocer personalmente, que fue asesinado hace un año. Era un padre de familia que cruzaba la frontera en la moto junto a su mujer embarazada, y ambos fueron asesinados en el marco de una represalia familiar. Según cuenta Yakulula, no se llevaron sus riquezas, ni la comida, ni el ganado, ni siquiera la moto. La motivación, según él, fue exclusivamente la venganza. «Ahora matan simplemente por matar; hay más amargura», concluye. En definitiva, la escalada armamentística no solo ha incrementado el número de muertes, sino que también ha erosionado los marcos éticos tradicionales, ha exacerbado la lógica de venganza entre comunidades y ha fragmentado aún más las bases necesarias para una paz duradera en el Triángulo de Ilemi.

4.3 Soluciones posibles

Tras el análisis de las causas estructurales y de la dinámica actual del conflicto, resulta evidente que no existe una solución única o inmediata para resolver la situación en el Triángulo de Ilemi. Las soluciones deben ser necesariamente multinivel, a largo plazo y adaptadas al contexto local. Dado que el conflicto se origina en factores institucionales, ambientales y de gobernanza, las estrategias de resolución deben abordar simultáneamente estos tres ejes fundamentales. A continuación, se presentan algunas propuestas de acción, estructuradas en torno a las principales perspectivas teóricas trabajadas a lo largo de este estudio y a los testimonios recogidos en las entrevistas.

Desde la perspectiva del neoinstitucionalismo, es fundamental reforzar las estructuras estatales en la región, clarificar los marcos jurídicos y generar liderazgos políticos comprometidos que permitan crear entornos de cooperación duradera. Uno de los pasos claves sería alcanzar un acuerdo oficial de delimitación fronteriza entre Kenia, Sudán del Sur y Etiopía. No obstante, como señalan los testimonios recogidos, este acuerdo no

debería basarse en la concepción de la frontera como una barrera rígida, sino como una frontera permeable y flexible, que se adapte a las dinámicas pastoriles y economías locales. Albert Salvans explica que «un acuerdo entre los tres países sobre la frontera mejoraría la situación: que todo el mundo reconociera o llegara a un acuerdo sobre dónde está el límite; aunque después las fronteras se dejaran permeables, dependiendo de las épocas y de los acuerdos locales». Según su visión, un consenso claro reduciría la tensión y la incertidumbre apartando una mayor seguridad. De forma complementaria, Fernando Aguirre destaca que, aunque las fronteras formales existen, «no están bien protegidas ni cuentan con servicios». Según él, «la frontera es una línea imaginaria; lo importante sería que mi ganado pudiera ir y volver, que hubiera intercambio, no violencia». Además, subraya que el conflicto se mantiene porque los Estados no han proporcionado aún un marco jurídico, económico y político funcional, y mientras tanto, «la gente local sufre las consecuencias». En su opinión, sería esencial reconceptualizar la frontera como un espacio de intercambio y beneficio mutuo. «Hasta que no se compense ese desnivel, no llegaremos a un punto óptimo. Hay que ver la frontera como una oportunidad para sacar partido de lo mejor de cada lado». Una propuesta concreta en esta línea es convertir Lodwar, la capital del condado de Turkana, en un centro de servicios y comercio transfronterizo, que funcione como un *hub* para el turismo, el intercambio de bienes y el fortalecimiento de las redes sociales entre las comunidades de ambos lados. Así, desde la perspectiva neoinstitucionalista, la delimitación de la frontera no debe ser entendida como una imposición, sino como una herramienta de cooperación y desarrollo compartido. Además, varios testimonios como el de Joyce Ajikon, subrayan la importancia del liderazgo político comprometido como factor determinante para alcanzar una paz duradera: «La única solución real es el liderazgo que escuche, dialogue y busque acuerdos». Sin un compromiso claro de los líderes de los Estados implicados, cualquier esfuerzo institucional corre el riesgo de ser ineficaz o quedar obsoleto.

En cuanto a la teoría de los conflictos ambientales, el análisis ha demostrado cómo la presión ecológica y la escasez de recursos constituyen causas estructurales del conflicto en el Triángulo de Ilemi. Por tanto, una resolución de este debería pasar por una mejor gestión de los recursos naturales para así incrementar la resiliencia climática de las comunidades y diversificar las fuentes de subsistencia más allá de la ganadería tradicional. Una primera línea de acción sería incluir la agricultura como fuente de alimento y comercio, contribuyendo así a diversificar los medios de vida de las comunidades pastoriles. Esta

estrategia ya ha comenzado a implementarse en algunas zonas del norte de Kenia a través del proyecto *Furrows in the Desert* (FID). Esta iniciativa, desarrollada por la comunidad misionera, introduce prácticas agrícolas sostenibles con el objetivo de mejorar la seguridad alimentaria y generar nuevas oportunidades de ingreso. Como explica Albert Salvans, «la agricultura parecía una quijotada al principio, pero ha abierto perspectivas; quienes se han implicado han podido enviar a sus hijos a la escuela o comprar motocicletas, y siguen teniendo sus animales». De igual manera, la ganadería regenerativa surge como una vía prometedora que reduciría la presión ecológica sin abandonar sus modos de vida tradicionales. De acuerdo con Fernando Aguirre, estas prácticas no son abusivas, sino que realizan un uso consciente de los recursos, favoreciendo ajustes positivos en el terreno. Es decir, Aguirre explica que esto supondría «tener menos carga ganadera, pero de más calidad». Una segunda línea de acción debería orientarse a impulsar los intercambios económicos y culturales entre comunidades, reduciendo así la presión directa sobre los recursos y favoreciendo la cooperación regional. Aguirre señala el gran potencial de desarrollo económico asociado al comercio entre los distintos países, aunque advierte que para ello sería necesario contar con aduanas, servicios de inmigración y mecanismos de seguridad efectivos. De esta manera, en lugar de tráfico humano y de armas, podría prosperar el negocio y el turismo. Como plantea Aguirre, «los turistas que llegan al río Omo en Etiopía podrían pasar a Turkana en Kenia para ver el lago y viceversa». Esta cooperación también puede fortalecerse a través de iniciativas locales, como el Festival Cultural del Lago Turkana *Tobong'u Lore*, impulsado por el gobierno de Kenia. Este evento reúne a todas las comunidades Ateker, cuyos miembros atribuyen su origen común a la figura ancestral de Atanayeche. «Vienen todas las tribus que tienen un pasado común y una lengua similar», explica Aguirre. Este tipo de eventos promueve la riqueza cultural local y celebra sus formas de vida y tradiciones, lo que puede crear un ambiente de paz y prosperidad atrayendo visitantes y generando nuevas formas de ingreso. En este sentido, Joseph Nanyeit también subraya la importancia de fomentar actividades económicas conjuntas: «La idea de crear un negocio entre las dos comunidades ayudaría a lograr la paz; entonces viviríamos juntos como una sola familia».

Finalmente, desde la perspectiva de gobernanza de los recursos comunes, puede observarse que, aunque existen mecanismos tradicionales de resolución de conflictos, su efectividad es limitada y la gobernanza multinivel sigue siendo insuficiente. Reforzar estos procesos requiere una colaboración real entre comunidades, gobiernos locales y

administraciones nacionales. No existe una solución definitiva, pero existen dos pilares fundamentales que podrían transformar las dinámicas del conflicto y facilitar una mayor gobernanza: la educación y el desarme. Por un lado, la educación presenta una herramienta estratégica para el desarrollo a largo plazo, una idea en la que todos los entrevistados coinciden. Tal como explica Andrew Yakulula, «la ignorancia es el primer problema; si se resuelve a través de la educación en distintos niveles, muchas cosas cambiarán». Promover un acceso amplio a la escolarización, mejorar la calidad docente y crear centros educativos que respeten las tradiciones culturales y se basen en una educación para la paz puede contribuir a formar nuevas generaciones capaces de encontrar maneras más justas, pacíficas y sostenibles de relacionarse con sus vecinos. Además, fomentar escuelas en las que convivan niños de diferentes tribus —como el ejemplo proporcionado por Albert Salvans en Todonyang—, podría reducir el estigma y criminalización del «otro» para que dejen de verse como enemigos. Por otro lado, el desarme de la población civil también aparece como un componente clave para mejorar la gobernanza. Como apunta Fernando Aguirre, se puede seguir el ejemplo de Uganda, quien «ha logrado disminuir los conflictos porque desarmaron a la población civil y ahora las armas las tiene el gobierno». Actualmente, en el Triángulo de Ilemi, el armamento circula sin control y con escasa supervisión, alimentando ciclos de venganza y escalada de la violencia. Un proceso eficaz de desarme —junto con acciones que garanticen la seguridad y la justicia— posibilitaría la reducción de la dependencia en la autodefensa y restauraría la confianza en las instituciones públicas.

5. Conclusiones

El presente trabajo titulado: «El Triángulo de Ilemi: Análisis Geopolítico del conflicto olvidado entre Kenia, Etiopía y Sudán del Sur» ha tenido como objetivo analizar el conflicto en el Triángulo de Ilemi desde una perspectiva multidimensional, entendiendo que su origen, dinámica y posibles soluciones no pueden explicarse desde una única narrativa. A través de la aplicación interrelacionada del neoinstitucionalismo, la teoría de la gobernanza de los recursos comunes y la teoría de los conflictos ambientales se ha construido un marco capaz de captar la complejidad de esta disputa olvidada.

El análisis ha revelado que las causas estructurales del conflicto son múltiples y están entrelazadas: desde el vacío institucional heredado del periodo colonial, pasando por la

debilidad de los Estados implicados, hasta la creciente presión ecológica derivada de la escasez de recursos naturales en una región árida y poco desarrollada. A todo esto, se suman dinámicas de gestión local que, a pesar de basarse en mecanismos tradicionales de cooperación, resultan insuficientes debido a la falta de apoyo estatal, al acceso generalizado a las armas y la ausencia de una gobernanza multinivel efectiva.

Frente a este escenario, se han propuesto soluciones que abordan el conflicto desde sus raíces. Desde el enfoque neoinstitucionalista, se destaca la necesidad de alcanzar un acuerdo claro pero flexible sobre la delimitación de la frontera, así como de reforzar la presencia estatal mediante servicios públicos de protección. Desde el prisma ecológico, se propone introducir nuevas formas de explotación de los recursos, como la agricultura y la ganadería regenerativa, así como fomentar el comercio y el turismo cultural como vías de desarrollo económico. Finalmente, desde la teoría de la gobernanza, se plantea fortalecer los mecanismos tradicionales de resolución de conflictos, apoyados por una política estatal que invierta en educación intertribal y promueva un desarme responsable de las comunidades civiles.

Cabe destacar que este trabajo también ha enfrentado una serie de retos metodológicos y de acceso a la información. Al tratarse de un conflicto olvidado y poco documentado, ha resultado difícil encontrar fuentes académicas consistentes o estudios actualizados sobre el Triángulo de Ilemi. En el caso de la delimitación fronteriza, la falta de mapas oficiales o la existencia de documentos con fechas contradictorias ha dificultado el análisis del estado de la cuestión y la construcción del marco teórico.

En cuanto al trabajo empírico, la posibilidad de realizar entrevistas ha nutrido el análisis. Estas se han basado en testimonios de tres misioneros de la Comunidad Misionera de San Pablo (MCSPA) y tres jóvenes de la tribu Turkana, gracias a mi estancia en la misión de Lobur, en Kenia. A pesar de haber tenido la oportunidad de conocer la perspectiva local, hubiera sido valioso complementar estos testimonios con los de representantes de gobiernos, organizaciones no gubernamentales o líderes de tribus, especialmente de Sudán del Sur y Etiopía, para obtener una visión más completa y diversa del conflicto.

En definitiva, la disputa del Triángulo de Ilemi no puede resolverse con una solución inmediata ni unilateral. Requiere una transformación progresiva, basada en el diálogo, la

inclusión y el reconocimiento de la realidad local. Solo un enfoque conjunto entre comunidades, gobiernos y actores internacionales, que combine justicia histórica, sostenibilidad ambiental y construcción institucional, podrá abrir un camino hacia una paz duradera en esta región del Cuerno de África que, hasta ahora, ha permanecido olvidada.

6. Bibliografía

Abiero, B. M. (2022). *A critical analysis of the role of early warning systems in preventing conflict in Africa: Case study of the Ilemi Triangle* [Master's thesis, University of Nairobi].

Aguirre Herrera, F. (2013). *Pastoralist conflict in the Horn of Africa: The Turkana-Dassenech case*. Paulines Publications Africa.

Alcaraz Martínez, J. Á. (2020). *Los nuevos retos que deben afrontar las operaciones de paz en el cuerno de África para mejorar su eficacia y prevenir el conflicto en la región* [Tesis doctoral, Universidad Rey Juan Carlos].

Almagor, U. (1974). *Pastoral partners: Affinity and alliance among the Dassanetch of Southwest Ethiopia*. Manchester University Press.

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). (s.f.). *Emergencia en el Cuerno de África*. <https://www.acnur.org/emergencias/cuerno-de-africa>

Asiwaju, A. I. (2022, septiembre 8). *Colonial borders in Africa: Improper design and its impact on African borderland communities*. Wilson Center. <https://www.wilsoncenter.org/blog-post/colonial-borders-in-africa-improper-design-and-its-impact-on-african-borderland-communities>

Berkes, F. (2009). Evolution of co-management: Role of knowledge generation, bridging organizations and social learning. *Journal of Environmental Management*, 90(5), 1692–1702. <https://doi.org/10.1016/j.jenvman.2008.12.001>

- Bonareri, M. A. (2022). *A critical analysis of the role of early warning systems in preventing conflict in Africa: Case study of the Ilemi Triangle* [Master's thesis, University of Nairobi].
- Carr, C. J. (2017). *River basin development and human rights in Eastern Africa: A policy crossroads*. Springer.
- Colegio de Ciencias y Humanidades. (s.f.). *Conferencia de Berlín*. Universidad Nacional Autónoma de México.
<https://e1.portalacademico.cch.unam.mx/alumno/historiauniversal2/unidad1/expansioncolonialsigloXIX/conferenciadeberlin>
- Gebre, Y. (2012). *Environmental change, food crises and violence in Daasanach, Southern Ethiopia*. Research Report Series, Peace and Conflict Studies, no.1, Freie Universität, Berlin.
- Hardin, G. (1968). The tragedy of the commons. *Science*, 162(3859), 1243–1248.
<https://doi.org/10.1126/science.162.3859.1243>
- Haskins, C. (2009). *The Ilemi Triangle: A forgotten conflict*. Shalom Centre for Conflict Resolution and Reconciliation.
- Herbst, J. (2000). *States and power in Africa: Comparative lessons in authority and control*. Princeton University Press.
- Homer-Dixon, T. F. (1999). *Environment, scarcity, and violence*. Princeton University Press.
- International Crisis Group. (2020). *The Horn of Africa: Managing the threats from Sudan to Somalia*.
- Intergovernmental Authority on Development. (s.f.). *Intergovernmental Authority on Development*. <https://igad.int/>

- Kenya National Bureau of Statistics. (2019). *2019 Kenya Population and Housing Census: Volume I – Population by county and sub-county*. Government of Kenya. <https://www.knbs.or.ke/?wpdmpro=2019-kenya-population-and-housing-census-volume-i-population-by-county-and-sub-county>
- Le Billon, P. (2001). The political ecology of war: Natural resources and armed conflicts. *Political Geography*, 20(5), 561–584. [https://doi.org/10.1016/S0962-6298\(01\)00015-4](https://doi.org/10.1016/S0962-6298(01)00015-4)
- Lonely Planet. (s.f.). *Historia de Kenia*. <https://www.lonelyplanet.es/africa/kenia/historia>
- Maluki, P. (2016). *Emerging dimensions of the geopolitics of the Horn of Africa*. University of Nairobi.
- Mamdani, M. (1996). *Citizen and subject: Contemporary Africa and the legacy of late colonialism*. Princeton University Press.
- Markakis, J. (1998). *Resource conflict in the Horn of Africa*. Sage Publications.
- Mburu, N. (2003). Delimitation of the elastic Ilemi Triangle: Pastoral conflicts and official indifference in the Horn of Africa. *African Studies Quarterly*, 7(1), 15–44. <http://www.africa.ufl.edu/asq/v7/v7i1a2.htm>
- Missionary Community of Saint Paul the Apostle. (s.f.). *Official website of the MCSPA*. <https://mcspa.org/es/>
- North, D. C. (1990). *Institutions, institutional change and economic performance*. Cambridge University Press.
- Odote, P. O. (2016). *Role of early warning systems in conflict prevention in Africa: Case study of the Ilemi Triangle* [Master's thesis, University of Nairobi].

- Ostrom, E. (1990). *Governing the commons: The evolution of institutions for collective action*. Cambridge University Press.
- Pierson, P. (2000). Increasing returns, path dependence, and the study of politics. *American Political Science Review*, 94(2), 251–267. <https://doi.org/10.2307/2586011>
- Powell, R. (1999). *Bargaining theory and international conflict*. University of California at Berkeley.
- Real Academia Española. (s.f.). *Colonialismo*. En *Diccionario del estudiante*. <https://www.rae.es/diccionario-estudiante/colonialismo>
- Snel, E., & de Vries, L. (2022). *The Ilemi Triangle: Understanding a pastoralist border area*. PAX for Peace. <https://www.paxforpeace.nl>
- Waithaka, E. L. (2018). *Role of shared resource management in enhancing inter-state cooperation in the Horn of Africa: A case of Ilemi Triangle (2011–2016)* [Doctoral thesis, University of Nairobi].
- Winter, P. (2019). *A border too far: The Ilemi Triangle yesterday and today* (Sir William Luce Fellowship Paper No. 20). Durham University, Institute for Middle Eastern and Islamic Studies.
- Young, O. R. (1999). *Governance in world affairs*. Cornell University Press.

7. Anexos

Personalidades de las entrevistas:

Nombre del entrevistado	Fecha entrevista	Rol
Fernando Aguirre	2 de abril de 2025	Misionero español de la MCSPA que se encuentra actualmente en la misión de Malawi. Ha estudiado el conflicto en profundidad y escribió el libro <i>Pastoralist Conflict in the Horn of Africa: The Turkana-Dassenech Case</i> (2013).
Andrew Yakulula	4 de abril de 2025	Misionero keniano de la MCSPA que se encuentra actualmente en la misión de Lobur, en Turkana, Kenia. Nació en Turkana, una de las zonas conflictivas del Triángulo de Ilemi.
Albert Salvans	5 de abril de 2025	Misionero español de la MCSPA que se encuentra actualmente en la misión de Sudán del Sur. Durante muchos años vivió en la parte keniana del conflicto.
Joyce Ajikon	5 de abril de 2025	Joven de la tribu Turkana
Joseph Nanyeit	6 de abril de 2025	Joven de la tribu Turkana
Moses Ewoton	10 de abril de 2025	Joven de la tribu Turkana

Guion de las entrevistas:

1. ¿Cuáles crees que son las principales causas de este conflicto?
2. ¿Consideras que el legado colonial sigue influyendo en la forma en la que se gestionan las fronteras y los conflictos en la región? ¿De qué manera?
3. ¿Qué papel juegan las instituciones estatales y locales en la gestión del territorio? ¿Dirías que existe una gobernanza efectiva en la zona?
4. ¿Has visto ejemplos de cooperación o conflicto entre tribus para resolver conflictos sobre el uso de recursos? ¿Qué facilitó ese acuerdo?
5. ¿Qué mecanismos existen para resolver disputas entre comunidades? ¿Quién media en estos conflictos?
6. ¿Cómo ha cambiado el acceso a los recursos naturales en los últimos años? ¿Crees que el cambio climático está afectando a las tensiones entre tribus?
7. ¿Las comunidades tienen acceso equitativo a los recursos o hay algunas que se ven más desfavorecidas?
8. ¿Se podría solucionar el conflicto sin la delimitación de una frontera? ¿Qué soluciones crees que podrían ayudar a mitigar la presión sobre los recursos naturales y reducir los conflictos?

Declaración de Uso de Herramientas de IA Generativa en Trabajos Fin de Grado en Relaciones Internacionales.

Por la presente, yo, Marta Donat Durá, estudiante de Relaciones Internacionales de la Universidad Pontificia Comillas al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado «El Triángulo de Ilemi: Análisis Geopolítico del conflicto olvidado entre Kenia, Etiopía y Sudán del Sur» declaro que he utilizado la herramienta de IA Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

1. **Sintetizador y divulgador de libros y documentos:** Para resumir y comprender literatura compleja.
2. **Traductor:** Para traducir textos de un lenguaje a otro.
3. **Verificación de coherencia textual:** Para confirmar la correcta relación entre los conceptos y párrafos que se plantean en el trabajo.
4. **Corrección de faltas ortográficas.**

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, excepto donde se ha indicado lo contrario y se han dado los créditos correspondientes (he incluido las referencias adecuadas en el TFG y he explicitado para qué se ha usado ChatGPT u otras herramientas similares). Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación a esta declaración.

Fecha: 30 de abril de 2025

Firma:  Marta Donat Durá